



BOLSILIBROS
EASA

TERROR



EL ACANTILADO DEL MIEDO

Robert
Delaney

TERROR



© Robert Delaney
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)

Director responsable:
Gregorio Ovejero

Publicación semanal Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-06 01514-4
Depósito legal: M. 30.524 — 1978
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

BLACK LAND, Oregon.

Una noche de Noviembre.

La muchachita que corría los empinados riscos, en las estribaciones del Monte Hood, contaba unos ocho años de edad. Parecía obsesionada en llegar a la cumbre de uno de aquellos picachos al borde del peligroso acantilado.

Alguien estaba en lo alto. Alguien que observaba el despliegue de fuerzas de la chiquilla para llegar hasta él.

—¡Papá! Soy yo. ¡Betsy! ¡Papá, no te vayas!

Algo más abajo corría una mujer madura y entrada en carnes, llamando desesperadamente a la niña.

—¡No, Betsy! No vayas... ¡Betsy! ¡Betsy! —se desgañitaba la mujer—. ¡Vuelve! ¡Betsy...!

Pero era inútil, la pequeña Betsy seguía en su desenfrenada carrera.

La sombra de lo alto, la silueta que parecía atraerla había desaparecido, pero la pequeña casi sin aliento continuaba la cada vez más penosa ascensión, al tiempo que repetía un nombre:

—¡Papá!

Y abajo, la mujer que apenas podía seguirla gritaba a su vez:

—¡Detente, Betsy! No busques a tu padre... No lo busques. Está muerto. ¡Está muerto, Betsy!

¡Dios mío! ¿Quién había empujado a la niña a subir hasta los peligrosos acantilados del fin del mundo?

Aquello era lo más parecido a una tierra de pesadilla, árida y solitaria. Y la tormentosa noche de viento parecía conjugar unas circunstancias que parecían cosa del diablo.

—¡Betsy!

La niña se había perdido entre las sombras de los altos riscos.

La mujer, Annie Craig, había tropezado varias veces con los salientes de las rocas. Jirones de sus ropas habían quedado prendidos en los arbustos y en las mismas piedras. Jadeante, llegó hasta el lugar donde había visto desaparecer a la muchacha y con

un trágico suspiro murmuró:

—¡Dios del Cielo! Se va a matar. Se va a despeñar.

Todavía oyó la voz de la pequeña gritando desenfrenadamente a su padre.

—¡Papá! No te vayas...

«¿Por qué llama a su padre, por qué? Jacob está muerto...

¡Oh, Dios Santo! ¿Qué es lo que está sucediendo?

—¡Papá!

—¡Betsy, vuelve!

El rugido del viento rompía el silencio de los desérticos montes.

De pronto un grito agudo de la pequeña:

—¡Papaaaaaaaaaá!

Un grito cuyo eco rebotó entre aquellas palabras hasta perderse en el infinito.

Fue el grito final de una muchacha aterrada que acababa de precipitarse en la oscuridad del impresionante vacío. Un grito de muerte.

Annie Craig se dejó caer de rodillas sobre las rocas, llorando amargamente la tragedia.

Tres semanas más tarde.

Richard era el hermano mayor de la descendencia de los Dawson. Tenía diez años, dos más que la difunta Betsy. La más pequeña era Sheila. Los tres habían quedado al cuidado de su tía Annie Craig.

La bondadosa Annie, hacía lo imposible para reemplazar a los difuntos padres de los muchachos, pero de un tiempo a aquella parte estaban sucediendo cosas inexplicables. Cosas que rebasaban con mucho cualquier explicación normal.

Lo que ocurría en las personas de aquel villorrio perdido en el valle del Hood tomaba caracteres sobrenaturales.

Y aquella noche Richard lo confirmó huyendo hacia el monte cuando ya habían sobrepasado las diez.

—Dick ha ido a ver a papá —explicó la pequeña Sheila cuando Annie fue a darle las buenas noches.

—¿Pero qué dices? —a la mujer se le puso la piel de gallina y reaccionando rápidamente salió de la casa para llamar al pequeño.

—¡Dick!

Pero Dick trepaba ya por las primeras rampas de aquellos desnudos y torturados montes.

—¡Dick!

El eco de la voz de Annie llegó hasta el muchacho, que se volvió para decir:

—¡Déjame, tía Annie! Papá me llama...

—¡Oh, no, Dick! Tú no puedes creer eso... Sabes que tu padre está muerto.

—Papá vive —espetó el muchacho y aligeró el paso, tomando aliento para seguir por las empinadas cumbres.

De nada sirvieron los ruegos de Annie para que el muchacho desistiera de tan loca aventura.

En lo alto, una vez más, se silueta, a la pálida luz de la luna la figura de un hombre alto y enjuto, un hombre que en la distancia parecía tener un gran parecido con el difunto Jacob.

—¡Papá! —gritó el muchacho.

—¡Oh no, Dick! Tú no... —sollozó Annie tras tropezar con algo y caer sobre el duro suelo de granito.

Se incorporó con las manos ensangrentadas, mientras Dick se había perdido ya entre las sombras que proyectaban los escarpados riscos.

—¡Dick! ¡DICK!

Un silencio sepulcral aterró a la pobre Annie, que presintió lo que iba a ocurrir.

De pronto un grito alargado.

—¡Aaaaaaah!

El grito de muerte de Dick, mientras caía por el precipicio. Los golpes que su cuerpo iba recibiendo entre los salientes de las rocas y el sordo chasquido final de algo que acaba de reventar.

Annie miró la vieja casona, al pie de las rampas y exclamó:

—¡Está casa está maldita!

* * *

El viejo Smalley, uno de los pocos habitantes de aquella reducida vecindad hacía las veces de alguacil.

Se había reunido con Annie Craig y una docena de personas más, que contemplaban en silencio cómo la furgoneta cargaba el pequeño ataúd que contenía los restos del muchacho.

Bastante trabajo había costado rescatar lo que quedaba del cadáver del infortunado Dick. Y lo mismo había ocurrido tres semanas antes con el de la pequeña Betsy. El capellán de Warm Springs formó parte del cortejo fúnebre que se dirigió medio kilómetro a pie para dar sepultura al segundo de los Dawson.

Terminada la ceremonia, Smalley inquirió:

—¿Por qué se dirigen a esa colina, señora Craig?

—No lo sé —sollozaba la mujer—. Lllaman a su padre... Los dos hicieron lo mismo.

—¡Pero esto es absurdo! Jacob murió hace tres años y está enterrado.

Entonces, Annie Craig, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida en un punto lejano murmuró con voz impersonal.

—Tal vez no.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el Pastor venido de Warm Springs.

—Jacob vive. Los llama. Por las noches los llama, y ellos acuden a su llamada.

El viejo Smalley sacudió la cabeza con desaliento.

—Está delirando, señora Craig. Debe ser la tensión de estas últimas semanas.

—No deliro, Smalley. «El» vive. Les llama. A veces por la noche oigo pasos en la casa y siento miedo. Un miedo atroz a levantarme.

—Creo que un día de estos tendremos que ir a Warm Springs para que la visite el doctor Driscoll.

—¡Yo no necesito que me visite ningún médico! —protestó Annie Craig—. No quiero que me tomen por loca.

—Entonces sea sensata, señora Craig. Usted se encargó de la custodia de los tres hijos del matrimonio. Todavía le queda la pequeña Sheila. Vigílela. No la deje por nada del mundo subir a esa colina.

—Temo que sea inevitable, Smalley... Su padre la llamará, como a los otros y yo... yo no podré impedirlo.

—¡Maldita sea! ¡Tendrá que impedirlo, Annie! Tendrá que hacerlo...

Dos voluntarios, junto a Smalley, se turnaron para vigilar la vieja casona en la siguiente noche.

El viejo alguacil había dicho:

—No creo que ahora ocurra nada. Es todo demasiado reciente, pero no me fío. Aquí ocurre algo extraño y el primero que vea un fantasma que dispare primero y pregunte después. Hummm.

Entró en la casa a echar un vistazo. Todo estaba en calma.

Fue a la cuarta noche.

Smalley y Annie Craig conversaban al amor de la lumbre. Ella le decía:

—Están perdiendo el tiempo. «El» no aparecerá si sabe que están ustedes aquí. —«El» no puede aparecer *nunca*, Annie, por la sencilla razón de que está muerto y bien muerto.

En el exterior se había desencadenado la tormenta con riqueza de aparato eléctrico. Los truenos removían los cimientos de las centenarias construcciones y hacían tremolar la tierra.

La luz se apagó. Era normal cuando los elementos se desencadenaban con aquella intensidad.

—¡Maldita sea! —rezongó el viejo alguacil.

Annie Craig tenía ya los candelabros a punto. Cuatro velas apenas conseguían iluminar la espaciosa sala de la vieja casona.

Los saltarines pasos de la escalera hicieron volver los rostros de Smalley y de Annie Craig. Era la pequeña Sheila, la que contaba seis años. Bajaba corriendo, pero no por miedo a la oscuridad. Tenía algo importantísimo que contar.

—Tía Annie, tía Annie, acabo de hablar con papá. ¡Ha venido, tía Annie!

La mujer tragó saliva. Se puso en pie de un salto y cambió una mirada con el viejo alguacil, que fue quien increpó a la pequeña.

—¿Puede saberse qué es lo que te ha dicho tu padre?

—inquirió el hombre tratando de hacer un esfuerzo para dominarse.

—Dice que tengo que ir a la colina, que sólo allí podrá hablar más tranquilamente conmigo.

El viejo Smalley hizo dos cosas a la vez. Primero advertir a Annie Craig:

—¡La hago responsable de la niña! No la deje salir bajo ningún pretexto.

La segunda cosa que hizo fue salir corriendo para advertir a los dos hombres que estaban vigilando la puerta principal y ordenarles:

—La casa tiene otras dos puertas. Que cada uno vigile una de ellas. Detengan a quien quiera que salga por los medios que sea preciso. ¿De acuerdo?

Los dos hombres asintieron y cada uno de ellos fue a ocupar su sitio en la salida de las puertas.

El alguacil entró de nuevo en la casa. Annie y la pequeña Sheila seguían en la penumbra de los dos pares de velas.

—¿Por qué no puedo ir, tía Annie? Él es mi padre —decía la pequeña.

Smalley llegó a tiempo para oír las últimas palabras de la pequeña y la interrogó procurando que su voz sonara lo menos áspera posible:

—Ahora escúchame bien, Sheila... ¿Estás segura de que era tu padre el que viste?

—Sí, señor. Era mi padre.

—Pero estaba muy oscuro. No tenemos luz a causa de la tormenta.

—¡Le digo que era mi padre! —exclamó la pequeña con la terquedad de las criaturas de su edad.

—¿Habló mucho rato contigo?

La pequeña vaciló un momento. El alguacil insistió:

—Trata de recordar lo que te dijo.

—Me dijo, pues... Me dijo. «Buenas noches pequeña, ¿me reconoces, verdad? Soy Jacob, tu padre» y yo le contesté: «¡Pues claro que te reconozco y estoy muy contenta de que estés aquí conmigo!»

Como Sheila se quedó callada, Smalley insistió en que continuara.

—¿Y qué más te dijo?

—Pues nada... bueno, sí. Dijo que tenía muchas cosas que contarme, pero que tenía prisa y que en esta casa no le querían, ni en el pueblo tampoco y que... que fuera a reunirme con él a la

colina. ¡Yo quiero ir! Tía Annie no me deja. Dígale usted que quiero ir. Quiero hablar con papá.

—Mira, muchacha... la noche es muy oscura. ¿Sabes? Tus hermanos subieron también a la colina y tú sabes lo que les pasó. ¿Verdad?

Sheila hipó y sus ojos se nublaron ligeramente.

—No sea usted duro con ella, Smalley —pidió Annie Craig.

—No trato de ser duro, sino de salvarle la vida. ¿O es que usted cree de verdad que Jacob ha vuelto a la vida?

—Yo no sé... No sé nada —ahora era Annie Craig la que sollozaba.

La niña le imitó al tiempo en que insistía en sus deseos de querer ir a la colina.

—¡Quiero hablar con mi padre!

—¡No te moverás de aquí!

—¿Por qué, señor Smalley? Mi padre no quiere hacerme ningún daño.

—¡Tú padre ha muerto, Sheila! Murió hace tres años. Tú eras mucho más pequeña. No puedes ni siquiera recordarlo.

—¡Era mi padre! ¡Claro que lo recuerdo! —protestó Sheila.

El alguacil lanzó un bufido.

—De acuerdo. Pero escucha... ¿Dónde ha ido el hombre al que tú reconociste como a tu padre?

—¡Lo he reconocido porque era mi padre!

Demasiado para Smalley. No obstante se abstuvo de lanzar a gritos una exclamación impregnada de maldiciones. Y con toda suavidad inquirió:

—Está bien, está bien. Sólo quiero que me digas una cosa... ¿Qué hizo tu... padre, cuando salió de tu habitación?

—No lo sé. Seguramente se dirigió hacia la colina.

—No ha tenido tiempo de salir de esta casa: Así es que debe de andar por algún lugar. Iré a echar un vistazo por ahí.

Comprobó que llevaba su revólver en la revolvera que colgaba del mismo cinturón con el que se sujetaba los pantalones y ordenó a Annie.

—No se muevan de aquí para nada. ¿De acuerdo?

Y sin esperar respuesta comenzó a subir la escalinata que conducía al piso superior.

La casa era grande. Inmensamente grande. Las habitaciones espaciaosas y abundantes, algunas de ellas vacías. Y además contenía una tercera planta que se utilizaba como trastero y almacén de las cosechas en los buenos tiempos en que los Dawson vivían y trabajaban aquellas tierras que poseían en abundancia.

Smalley, el alguacil, al llegar al primer piso procuró habituar sus ojos a la oscuridad.

Por alguna ventana se iluminaba fugazmente el piso debido al resplandor de algunos relámpagos.

El viejo llegó hasta la primera de las puertas y la abrió lentamente.

Los goznes crujieron.

Otro relámpago iluminó la vacía habitación. No había muebles ni enseres de ninguna clase. Estaba vacía. Tampoco se distinguía forma humana alguna.

Llegó hasta la segunda puerta. Era la habitación-dormitorio de Annie.

Nadie.

El alguacil entró, sin embargo, e hizo una concienzuda inspección sin olvidarse de mirar bajo la cama y en el interior del armario.

Seguidamente venía el dormitorio de Sheila.

Nadie.

Al otro lado del corredor había dos puertas. El dormitorio del matrimonio Dawson. Estaba cerrado con llave. Smalley no perdió tiempo en pedirla a Annie Craig, cargó sobre la puerta y esta cedió sin gran esfuerzo.

Smalley entró revólver en mano escudriñando todos los rincones.

Nadie.

La nariz del alguacil olió el clásico olor a recinto cerrado, Dios sabe por qué causas. Sabía a moho. Por lo demás todo estaba normal.

Faltaban los dos dormitorios que habían pertenecido a Dick y a Betsy respectivamente. Tomó la empuñadura del primero y antes de empujar con fuerza creyó escuchar un rumor en el interior.

Smalley contuvo la respiración. Preparó el revólver y lo engatilló, dispuesto a hacer frente a cualquier eventualidad.

Tras unos segundos en los cuales concentró todas sus energías abrió de golpe.

Una ráfaga de aire le dio en la frente. Apuntó con el revólver pero...

... No llegó a disparar.

El aullido del viento era el rumor que había oído. La ventana del dormitorio estaba abierta. Eso era todo.

* * *

Entretanto los dos ayudantes voluntarios de Smalley seguían atentos cada uno vigilando la puerta que le había correspondido.

Nadie se había acercado allí más que el viejo Horst.

Horst, con sus cincuenta y tantos años, era como de la familia. Había pasado casi toda su vida trabajando para los Dawson cuando éstos vivían de la tierra y precisaban ayuda.

Ahora Horst vivía de lo que salía, y comía casi siempre en casa de los Dawson.

—¡Ah, eres tú! —exclamó uno de los vigilantes.

—¿Qué estáis esperando? —inquirió el viejo con su voz ronca, asmática.

—Aquí suceden cosas muy raras, amigo. ¿Tú no sabes nada? —inquirió uno de los ayudantes.

Horst se encogió de hombros y siguió su camino hacia la puerta principal.

—¿Dónde vas?

Pero el viejo huraño siguió su camino mascullando algo entre dientes sin contestar. —¡Viejo estúpido! —rezongó a su vez el improvisado guardián—. Parece un alma en pena, pero a mí no me da ninguna lástima. No es más que un borracho.

Habló en voz alta como si precisara desahogarse con alguien. Aquella soledad, mezclada con el estampido de los truenos y la persistente lluvia le ponían frenético, nervioso. Quizá estaba asustado.

Tan asustado que encaró su rifle contra el propietario de aquella risita desternillante que surgió a su espalda.

—¡Little Banion! —exclamó al reconocer al enano.

El *pequeño* Banion también tenía mucho que ver con la casa, y casi desde siempre había sido un compañero de juego de los tres hermanos, de los que ya sólo quedaba la pequeña Sheila.

—¿Qué diablos se te ha perdido por aquí? —gruñó el guardián.

El enano seguía riendo.

—Te voy a dar una patada en el culo si no cesas de reír.

—¡Tienes miedo! ¡Todos tenéis miedo!

—¿Quién tiene miedo aquí? —gritó el guardián.

—Tú y todos. Teméis a los fantasmas. ¡Qué ridículo! —Y siguió riendo para añadir seguidamente—. Los muertos no regresan. Y si regresan es que... no están muertos...

Y se alejó.

El alguacil Smalley había terminado de examinar el último de los aposentos sin hallar el menor rastro de ser humano alguno.

El piso superior, destinado a desván y a almacén de provisiones escasamente surtido, igualmente fue concienzudamente inspeccionado sin ningún resultado positivo. Smalley sólo tenía dos opciones en que pensar. O la niña había mentido o había soñado, pero en la casa no había nadie más excepto Annie Craig, Sheila y él mismo.

Cuando bajó la escalera para reunirse con los otros se encontró con la presencia de Horst sentado en un rincón y dando cuenta de un vaso de algo que olía a bebida alcohólica.

—Bien. No hay nadie.

—¡Claro! —exclamó la pequeña Sheila—. Papá me espera en la colina. Si no voy tendrá un disgusto.

—¡Tu padre ha muerto! ¡Entérate de una vez! —rugió Smalley, del peor talante. Salió de la casa para reunirse con los dos ayudantes que había dejado vigilando las puertas.

Ambos fueron unánimes. Nadie había salido.

Uno le habló de Horst y del enano. El otro se mostró cansado.

—¿No cree que sería mejor dejar ya esto? —¿Qué pasa, Joss? ¿Es que tienes miedo?

—No, Smalley, pero la nohecita no está para seguir a la intemperie. Si al menos supiéramos a quién buscamos.

—A mí tampoco me gusta nada esto —repuso el otro vigilante.

—¿Es que creéis en fantasmas?

Los dos ayudantes cambiaron una mirada.

—¡Maldita sea! —rugió Smalley—. Por menos de nada os pondríaís a gritar como viejas histéricas. ¡Yo os voy a demostrar que quien ronda la casa nada tiene que ver con Jacob, que está muerto y bien muerto!

—Pero no nos negará que están sucediendo cosas muy extrañas —apostrofó uno de los ayudantes.

—Pronto dejarán de suceder.

La voz cavernosa de Horst se sumó al grupo:

—¿Está usted seguro, Smalley?

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que pretendes insinuar, viejo borracho?

—Yo no soy un borracho. Por lo menos el alcohol no ofusca mi mente, Smalley.

—¡Está bien, habla! ¿Qué es lo que sabes tú?

Horst se limitó a escudriñar a los reunidos para alejarse mascullando algo ininteligible,

—Este pueblo está lleno de tarados —maldijo el alguacil —, Pero mañana acabaremos con todo. Por lo menos demostraré que Jacob está pudriéndose en el ataúd.

* * *

El pequeño cementerio, a medio kilómetro de la casona, se había llenado con la presencia de los interesados y de más de una docena de curiosos.

Para el alguacil Smalley era ya una cuestión de honor demostrar que ni creía en fantasmas ni en almas en pena que salieran a vagar por las noches.

Más que nada, estaba dispuesto a demostrar que quienquiera que llamara a los niños no era Jacob, sino cualquier loco —o tal vez demasiado cuerdo— que con ello quisiera conseguir algo, aunque no lograba averiguar qué.

Un par de hombres sacaban la tierra a paladas en el lugar exacto de la tumba de Jacob Dawson.

El veterano alguacil no pidió ni esperó permisos para la exhumación; lo suyo era la vía rápida y la estaba practicando.

La expectación era general y todos los ojos estaban fijos en el

armazón de la caja de roble que con las últimas paladas de tierra había quedado al descubierto.

Annie Craig había dejado a la niña en casa para ahorrarle el tétrico espectáculo y Smalley no estuvo conforme con la idea:

—Ella también debía estar presente, señora Craig. De ese modo se convencería de que su padre está muerto... Ahí, dentro de ese ataúd, vería con sus propios ojos lo que queda de él.

—¡Hubiese sido inhumano, Smalley! —respondió la tía de la muchacha.

—¿Qué pretende entonces? ¿Que viva siempre pensando en que su padre vive...? —¿Y por qué no? Es hermoso creer en algo. Sheila quería mucho a su padre. En realidad todos sus hijos le adoraban.

—Hummm —El alguacil rezongó algo en voz baja y luego con un ademán hizo apartar a los hombres que habían quitado la tierra que cubría el sarcófago.

Little Banion, que también merodeaba por entre los curiosos, cruzó los dedos. Aquello no le hacía la menor gracia.

Y Horst, que había asistido en silencio a la escena, murmuró:

—Jamás debió hacer esto sin una orden expresa. Es un delito.

—¡Es una necesidad para tranquilidad de todos! —exclamó Smalley.

Annie Craig musitó.

—Es una profanación perturbar el sueño de los muertos.

—Usted no parecía muy convencida de que Jacob estuviera muerto... Siempre ha creído que los chicos decían la verdad cuando decían haber visto a su padre.

—Sé que Jacob murió —protestó ella—. Pero sigo opinando que todos sus hijos lo han visto. Ellos no mentirían.

—¡Maldita sea! Los muertos no regresan...

—Puede regresar su espíritu —mencionó alguien del apiñado grupo que se movía en derredor del macabro agujero.

Smalley se volvió y miró a todos uno a uno. El silencio era absoluto y sólo pudo observar miradas de rencor hacia él por lo que estaba haciendo.

Indudablemente de entre los pueblos con fama de supersticiosos, Black Land se hubiese llevado la palma.

—No me gusta hacer esto. Quiero que quede bien claro —anunció el alguacil—, Pero creo que es necesario para que todos os

convenzáis. Bajo esa tapa de madera sólo puede existir un cadáver totalmente descompuesto... como a todos nosotros nos ocurrirá cuando llevemos enterrados más de tres años.

Y él mismo bajó para levantar la tapa del ataúd.

Entonces alguien comentó.

—¿Y si no hubiera nadie?

El alguacil hizo oídos sordos y con una palanca de hierro que llevaba a propósito hizo saltar el cerrojo de la tapa del ataúd.

Un grito contenido se mezcló con el murmullo de más de una docena de suspiros nerviosos.

Luego, lentamente, Smalley levantó la carcomida tapa, que pese al paso del tiempo y a la humedad, todavía se conservaba en bastante buen estado.

Al fin tiró de la tapa con fuerza hasta que la fúnebre caja quedó totalmente abierta y su interior a la vista de todos.

Nadie hizo el menor comentario, pero todas las miradas expresaron bien a las claras el estupor, el miedo y hasta el terror pánico que sentían en aquellos instantes.

Un murmullo general vino a reemplazar el silencio, y el propio alguacil contuvo un grito que pugnaba por salir de su garganta, pero supo contenerse.

¡El sarcófago estaba vacío! ¡Absolutamente vacío!

* * *

Estaba prácticamente anocheciendo cuando la gente se dispersó y Annie Craig se aproximó a Smalley para preguntarle qué pensaba de todo aquello.

—No... no sé. No sé qué pensar en estos momentos, pero aquí hay algo que me huele muy mal. Esta es una comunidad pequeña. Nos conocemos casi todos. ¡Cielos! ¿Qué habrá podido ocurrir?

De pronto Annie Craig pensó en Sheila.

—¡La niña! —gritó.

Estaba sola.

Pronto sería noche cerrada. Esto hizo que la mujer tomara la delantera seguida por el alguacil.

Pero Sheila no estaba sola.

Tenía una sombra a distancia. Era la silueta de un hombre que estaba diciendo algo a la muchachita y ella le correspondía con sonrisas. Indudablemente Sheila lo estaba pasando bien con aquel desconocido y hasta se sentía feliz.

La voz del hombre le dijo.

—Dentro de poco estará todo oscuro. ¿No tendrías miedo de subir, verdad?

Sheila negó con la cabeza.

—¡Oh no, papá!

El ruido de pasos, lejanos aún, precipitó la marcha del hombre.

—No digas que has hablado conmigo. ¿De acuerdo?

—Déjame ir contigo ahora, papá...

Pero el hombre, sin responder, desapareció por entre las rocas de las primeras rampas.

Sheila no se conformó con quedarse sola y siguió las huellas del hombre. A lo lejos surgió la voz de tía Annie.

—¡Sheila!

Al no obtener respuesta se volvió hacia el alguacil para decirle a modo de justificación: —Nunca permito que esté fuera de casa cuando se pone el sol. Posiblemente esté ya dentro.

—Mejor que así sea —repuso Smalley.

Pero Sheila seguía por el monte sorteando los riscos de aquella laberíntica zona rocosa. Annie Craig no tardó en comprobar que en la casa no había nadie y cuando salió para comunicárselo a Smalley éste ya había comenzado a trepar llamando a la pequeña.

—¡Sheila!

—¡Dios mío! —exclamó la mujer—. Ella no. Por favor. Ella no...

—¡Sheila! —El alguacil pese a su edad demostraba poseer excelentes y ágiles cualidades.

La niña, jadeante, le llevaba alguna ventaja y no se molestó en contestar al viejo. Annie Craig se había quedado en la parte baja confiando más en las fuerzas del alguacil al que veía a distancia, ya casi en la mitad de la cumbre.

Smalley iba acortando terreno, si bien ya no conseguía divisar a la muchachita, que debía hallarse corriendo entre alguno de aquellos recovecos formados por las puntiagudas piedras.

El hombre trepó por una roca, dejando el intrincado camino a fin de poder observar mejor.

Lo que le interesaba ver era a quién seguía la pequeña e identificar al hombre, y, por encima de todo, evitar que se produjera un nuevo accidente.

¿Accidente?

Se situó en lo alto del risco y desde allí, oteando el cada vez más oscuro panorama, veía a la niña apareciendo y desapareciendo por entre el tortuoso y empinado camino.

Luego oyó la vocecita gritar:

—¡Papá! ¡Papá! Ya estoy cerca...

A quien no podía ver Smalley era al hombre hacia cuyo encuentro corría la pequeña. Tampoco pudo ver la silueta que desde otra posición le estaba observando a él, y no a demasiada distancia.

El alguacil, más atento a la cumbre, no advirtió cómo el individuo le arrojaba la pedrada. La evidente puntería del agresor se hizo patente cuando la piedra alcanzó a Smalley en el rostro y éste, ante el inesperado ataque, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el camino.

No por ello perdió por completo el sentido y presintiendo el peligro no ya sólo para él sino también para la propia Sheila, se arrastró tratando de recuperar el aliento.

Entretanto la chiquilla estaba alcanzando las cimas.

En la oscuridad le era prácticamente imposible distinguir nada.

Avanzaba y avanzaba sin advertir el peligro que se abría a sus pies.

El inmenso precipicio se hallaba ya a muy escasa distancia.

—¡Papá! —gritó.

El alguacil subía ahora con todas las fuerzas de sus pulmones. No escatimaba energías para llegar a la cumbre.

Y ella —Sheila— seguía hacia el precipicio.

Estaba al borde y se detuvo unos instantes oteando el horizonte.

La oscuridad ni la impresionaba, ni le daba miedo. Su preocupación era sola y únicamente por no encontrar al hombre que la había atraído hacia arriba.

—¡Sheila! —gritó el alguacil viéndola al borde del abismo.

Ella se volvió sonriendo. Creía que se trataba de su padre.

—¿Eh? —inquirió al ver al alguacil, y trató de retroceder, pero uno de sus pies encontró el vacío.

El profundo abismo iba a cobrarse la tercera víctima

irremisiblemente.

Smalley, sin dudarle ni un segundo, se lanzó hacia ella y sólo un auténtico milagro logró que pudiera agarrar a Sheila por una pierna.

Todo el cuerpo de la muchacha se dobló hacia atrás, quedando colgada del vacío.

Sheila lanzó un grito tremendo al advertir el peligro.

Chilló con todas sus fuerzas llamando a su padre, mientras Smalley, pegado sobre las rocas, intentaba izar a pulso a la pequeña rescatándola de una muerte segura. Y Sheila seguía gritando cuando el alguacil la llevaba en sus brazos de regreso a casa. Aquel terrible grito se prolongó durante todo el camino, mientras Smalley intentaba tranquilizarla.

—Calma, pequeña... Estás bien... Nada malo puede ocurrirte ya. Estás conmigo.

Peto ella no oía nada, gritaba y a veces nombraba a su padre:

—¡Papá, papá! ¡PAPA!

Víctima de un auténtico ataque de histerismo producido por el fuerte shock, Smalley sólo pudo calmarla dejándola en el suelo y abofeteándola con fuerza.

—¡Déjela! —gritó Annie Craig en la puerta de la casa.

—Acuéstela. Y llame al médico de Warm Springs. Al doctor Driscoll... No creo que tenga nada importante, pero mejor que la vea él y dictamine.

—¿Pero qué ha pasado? —quiso saber Annie Craig.

—Seguía a un hombre... Seguramente al mismo que se hace pasar por su padre. El mismo que atrajo a los hermanos de Sheila hacia los precipicios. Sé que está ahí. No tiene ninguna salida posible. Voy por él. Y usted haga lo que le he dicho.

Estaban en la puerta de la casa. Little Banion observaba la escena en silencio.

El alguacil añadió:

—Escuche, pase lo que pase, será mejor trasladar a Sheila. Este ambiente no es conveniente para ella.

—¿Quiere decir que... tengo que separarme de ella?

—Sí. Será mejor.

—¡No! Sheila es mi sobrina. Soy legalmente su encargada.

—Mire, señora Craig. Ahora no tengo tiempo de discutir, pero

mientras ese maníaco o lo que sea ande libre ella no estará segura, y ya han muerto sus dos hermanos, recuérdelo...

—Pero yo no quiero separarme de Sheila.

—Es por el bien de la pequeña. Escuche, hablaré con el juez del distrito. Todo se hará de una forma legal... Empiece a preparar sus cosas. Yo vuelvo a la colina.

—¡Smalley! —gritó Annie Craig tratando de hacerle una súplica desesperada—. Si me separa de ella, creo que me moriría de pena. Pensaría en los otros...

—Señora Craig. No haga que pierda los estribos. Usted es sólo su tía, pero no tienen ningún escrito que la autorice a cuidar de Sheila. Ya ha demostrado su incapacidad. Y como responsable de este lugar le aseguro que haré lo posible para que el juez dicte una orden por la cual se confíe la custodia de la niña a gente capacitada que viva en un lugar donde ella pueda crecer e ir a la escuela y jugar como las demás chicas de su edad. Un lugar donde se olvide de los fantasmas y no oiga voces que la llaman durante la noche ni aparezca su padre merodeando por la casa.

—Smalley... Recuerde que el ataúd estaba vacío.

—¡Claro que lo recuerdo! Por eso quiero atrapar a ese hombre que ha hecho de las colinas su refugio, y un lugar de muerte.

* * *

Clem, el encargado de la aserradora, y el huraño Skinner que surtía de leña a quienes la necesitaban, estaban cerca de la casa cuando Smalley subía por la colina y la señora Craig entraba en la casa llevando a Sheila de la mano.

La pequeña andaba como lo hubiera hecho un autómatas.

Skinner miró el hacha propia de los leñadores que llevaba casi siempre consigo. La sopesó unos momentos y se largó emitiendo un gruñido.

Clem tomó otra dirección cruzándose con el taciturno Horst.

El enano observaba la casa desde otro punto de los alrededores.

Y Smalley seguía ascendiendo, utilizando todos los sentidos, que mantenía tensos y expectantes.

En la casa, la señora Craig llamaba al doctor Driscoll, mientras

Sheila, a la que su tía había metido en la cama, se incorporaba sin hacer ruido y se calzaba las zapatillas para deslizarse hacia la planta baja de la vivienda.

Sin que nadie la viera, la muchachita salió de la casa. La oscuridad era completa. Los negros nubarrones cubrían la luna en cuarto menguante. No parecía sin embargo, que la tormenta fuera a desencadenarse sobre el valle.

Sheila siguió el tortuoso sendero montaña arriba, mientras el alguacil, habituando sus ojos a la oscuridad, se detenía a menudo escudriñando cada palmo de terreno.

Smalley tenía la sensación de que entre aquellos riscos se escondía el «hombre».

Lo que el alguacil no advirtió fue la presencia del hombre que sujetaba el hacha característica en los leñadores.

Unas manos endurecidas por el trabajo, sostenían por el mango el hacha de hoja afilada, aguardando el paso de Smalley. Eran unas manos firmes, seguras, fuertes.

Smalley continuó su peregrinaje de reconocimiento entre leves soplidos de viento procedentes del Oeste, por la parte del llano del *Willamette*. El río, lejano e invisible desde los riscos.

El hombre del hacha parecía estar aguardando el paso del alguacil.

De pronto, éste se volvió creyendo escuchar unos pasos. Creyó distinguir a la pequeña Sheila entre los recovecos del intrincado y tortuoso sendero.

—¡Sheila! —gritó.

El viento ululó con más fuerza.

—¡Sheila! —repitió alzando la voz.

De pronto alguien se movió a su espalda. Smalley se revolvió a tiempo de distinguir a su atacante.

Era demasiado tarde para defenderse, incluso para gritar el nombre de su asesino, al que reconoció al instante.

El hacha trazó un semicírculo en el aire y Smalley recibió el primer tajo en el hombro.

Lanzó una exclamación cuando la pequeña Sheila asomó en el recodo.

El alguacil levantó las manos tratando de esquivar el segundo hachazo, que le alcanzó en la espalda.

Aterrada, Sheila observaba la espeluznante escena, mientras el propietario del hacha descargaba un tercer golpe que alcanzó de lleno el rostro del infortunado Smalley, que cayó ensangrentado sobre el duro suelo.

Sheila intentó lanzar un grito, pero el miedo paralizaba su garganta. En sus labios se dibujó una palabra que jamás llegó a pronunciar: ¡«Papá»!

Y aquel sanguinario verdugo siguió ensañándose con el cuerpo del alguacil.

Un golpe, otro y otro.

El pobre Smalley era ya una masa sanguinolenta. Pequeños trozos de su cuerpo, carne viva, se mezclaban entre la abundante sangre que el frío coagulaba casi instantáneamente.

Pero el asesino seguía con su atroz tarea, mientras Sheila presenciaba la escena entre espasmos de horror.

Smalley —lo que de él quedaba— ofrecía el aspecto de una res sacrificada y hecha pedazos. Lo que había en el suelo era una auténtica carnicería.

—¡No, papá! —consiguió gritar la niña.

Entonces la voz ronca del hombre masculló:

—¡Calla, maldita!

Y Sheila, entre convulsiones, consiguió dar media vuelta y echar a correr montaña abajo gritando guturalmente como fiera acosada.

El misterioso verdugo aún continuó la macabra tarea de descuartizar el cuerpo insensible ya de un cadáver: el del alguacil Smalley.

Los gritos de Sheila resonaron por todo el pequeño poblado.

* * *

Del alguacil ni siquiera fue hallado su cuerpo. En las rocas sólo quedaron unas manchas rojas y nada más.

Su desaparición coincidió con la de la señora Craig.

En el pueblo se suscitaron los comentarios más dispares y la leyenda comenzó a surgir entre el bisbiseo general.

¿Qué estaba ocurriendo?

Sheila había quedado como anonadada, permanecía silenciosa,

muda. El shock había resultado demasiado fuerte para su corta edad.

* * *

El juez Home, encargado del distrito leyó las notas que previsoramente había dejado el viejo alguacil. De acuerdo con ellas, se recomendaba que Sheila Dawson fuera acogida por unos parientes que el propio alguacil tenía en la ciudad de Los Angeles.

* * *

El doctor Driscoll aconsejó que Sheila cambiara de ambiente lo antes posible y que conviviera con chiquillas de su misma edad. Adujo que tal vez con el tiempo iría recobrando su personalidad y aseguró que la fuerte impresión recibida le había causado una pérdida total de memoria.

Home lamentó no poder interrogar a la muchacha.

—Ella nos diría lo que ocurrió esa noche en las montañas.

Driscoll aseguró que en su estado era incapaz de razonar, y mucho menos de recordar nada.

Se intentó averiguar el posible paradero de la tía Annie Craig, lo cual resultó tan inútil como la infructuosa búsqueda del veterano alguacil.

Algunos días después Sheila Dawson era trasladada a la ciudad de Los Angeles.

Su destino iba a ser concretamente la *Golden Street* en el barrio de Santa Mónica.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 1

*Los ANGELES DOWNTOWN,
17 años después.*

El detective Bruce Lane, con el torso desnudo y las manos separadas del cuerpo, observaba al hombre del hacha.

El tipo era corpulento, alcanzaba los dos metros de estatura y tenía un tórax perfectamente musculado. Parecía la clase de sujeto que no precisaba de arma alguna para deshacerse de cualquier posible rival.

A su lado Bruce Lane, con su estatura corriente y su corpulencia media parecía ser fácilmente manejable por un individuo de las características del adversario, que seguía blandiendo el hacha en el aire y lanzando imaginarios cortes.

La seguridad de su victoria hacía sonreír al hombretón que esperaba tranquilo que Bruce intentara el contraataque.

Pero Bruce no era ciertamente un novato y supo demostrarlo con el ímpetu unido a la sagacidad.

Hizo un amago de ataque por el flanco izquierdo de su adversario, pero rectificó en una fracción de segundo su posición y se lanzó por el costado opuesto hacia las piernas del gigantón.

El hacha describió un círculo, mientras su poseedor caía de bruces.

Desarmados ambos, se pusieron en pie al unísono, y mientras el antiguo poseedor del hacha intentaba soltar los puños sobre el detective, éste, en acrobático salto alcanzó con sus desnudos pies el rostro de su enemigo.

Caído el hombretón al suelo. Bruce se lanzó contra él inmovilizándolo con una llave que hizo del todo imposible cualquier reacción del adversario.

El gigantón soltó una sonrisa.

—Va veo que sigues en forma, Bruce. Y lo celebro. Estás en condiciones de enseñar a tu propio maestro, pero no te fíes nunca. Esto es sólo una lucha amistosa.

Bruce se incorporó sacudiéndose las manos.

—Te advierto que yo la tomé completamente en serio, Mac. Vi en ti a un asesino que intentaba matarme a hachazos y obré en consecuencia.

—Y obraste bien. Me parece que ya poco puedo enseñarte...

—No hace falta, Mac. Me caso. Voy a tomarme unas largas vacaciones.

—¿Y tus clientes? —sonrió su maestro y entrenador.

—¡Al diablo! He cancelado todos los asuntos. Soy un detective caro, Mac. Ya es hora en que piense gastarme mi dinero. Por cierto, gracias por el regalo, Mac.

—Te lo mereces, muchacho. Lo que no te perdono es la incógnita. ¿Por qué diablos no quieres decir a nadie dónde te casas?

—Porque quiero que sea una ceremonia tranquila. Si fuera diciendo por ahí el día y la hora, no habría en Los Angeles lugar suficientemente grande para dar cabida a los invitados. De veras, Mac. Una boda es algo íntimo. Así quiero que sea y Sheila lo desea también.

Sheila vivía sola en un apartamento de la zona de North Hollywood y en aquellos instantes su talante no era el propio de la mujer que sueña con su inminente boda. Cuando Bruce llamó a su apartamento y vio el rostro de su novia en el umbral de la puerta supo que algo no marchaba bien.

—¡Sheila!

Fue a besarla, pero ella le rehuyó. Avanzó hacia el interior y trató de mantener oculto su rostro volviéndolo hacia el gran ventanal del salón.

—¿Qué ha sido esta vez, Sheila? ¿Otra de tus pesadillas?

—inquirió Bruce avanzando hacia ella.

La joven se sentó en el diván y ocultó el rostro entre las manos.

—Por favor, Sheila, confía en mí. Di algo.

La muchacha, hermosa, de bien moldeado cuerpo, levantó el rostro mostrando aquellos bellos ojos grandes que ahora parecían asustados.

—¿No deseas que te ayude? —inquirió él.

—Nadie puede ayudarme, Bruce.

—Pero qué tonterías son éstas, vamos a casarnos...

El se aproximó de nuevo, intentó levantarla del diván, pero ella permaneció pasiva.

—Lo siento. Bruce. Es inútil. No podemos casarnos —Y se echó a llorar.

—¡Oh, oh! Dios mío. ¿Qué idea se te ha metido en la cabeza? ¿Qué es eso de que no podemos casarnos?

—Soy una enferma, Bruce, y tú lo sabes. Casarnos sería un error.

—Ni tú estás enferma ni puede existir error posible entre los dos. Anda, anima esa cara. ¿Te parece bien lo que me has dicho? Un par de meses hablando de nuestra boda y de repente me sales diciendo: «Lo siento, querido, de lo dicho nada».

—¡Por Dios!, no me atormentes, Bruce. Tú me has tratado siempre como... como una reina a la que no se le niega el menor capricho, pero yo... yo no podría corresponderte.

—Me has correspondido siempre. —La voz de Bruce era grave.

Se hizo un silencio. Sheila se puso en pie y murmuró:

—Esta mañana vino a verme el doctor Driscoll. Creo que en alguna ocasión te hablé de él.

—Tal vez. No recuerdo.

—Era el médico de mí familia.

—¿Y qué quería ese doctor Driscoll?

—Me habló de cosas pasadas, cosas de familia que yo no recuerdo... ¡Oh, Bruce! Te lo he repetido más de cien veces: Yo no recuerdo absolutamente nada de mí infancia. Mi vida empezó a los seis años, cuando me trajeron a Santa Mónica y estuve viviendo con una familia que me trató como a una hija, pero nada más. No recuerdo nada posterior a mí llegada a California.

Bruce quedó unos momentos pensativo y preguntó:

—¿Dónde vive ese médico?

—No lo sé.

—¿Y cómo sabía que tú vivías aquí?

Ella levantó los hombros.

—¿Le habías visto antes?

—No.

—No lo entiendo.

—El me conocía. Sabía que yo iba a contraer matrimonio...

—¿Y te habló de tu niñez?

—No. No quiso decirme nada en concreto. Sólo me habló de mis padres, de mis hermanos, me hizo preguntas que yo no supe contestar. Le dije que a menudo tenía pesadillas... ¡Cielos, Bruce!

Soy una enferma.

—¡Tonterías! Estás perfectamente normal. Y ya me cuidaré yo de hablar con ese doctor Driscoll.

—¿Para qué...?

—Sencillamente, porque no me da la gana que nadie se inmiscuya en mis asuntos. Fue él quien te desaconsejó que te casaras, ¿verdad?

Sheila no se atrevió a replicar.

—De acuerdo —admitió él—. Aunque por nada del mundo deseo aplazar mi boda contigo, lo haré aunque sólo sea para demostrarte que estás perfectamente. El que no recuerdes nada de tu infancia no quiere decir nada. Tuviste un fuerte trauma y olvidaste las cosas. Poco a poco lograrás recordarlas por ti misma... ¡Maldita sea! Ese condenado medicucho ha venido a entorpecerlo todo.

—No, Bruce. El me ha abierto los ojos. Yo no soy una mujer normal.

—¿Eso te ha dicho?

—Lo ha dado a entender. Y tiene razón. Mi mente es un caos, todo lo veo confuso...

Estaban los dos en pie, cerca del ventanal. El la acarició suavemente y la besó en los labios. Sintió cómo el cuerpo de Sheila se estremecía.

—Te quiero, Sheila, para mí eres lo más importante de este mundo... Te quiero.

—Yo también. Bruce. Sólo te pido... que me des algún tiempo.

El la abrazó con toda la pasión de su alma y ella se entregó sin reservas, pero temblaba. Todo su cuerpo era una continua convulsión, y no precisamente de placer.

* * *

En la guía telefónica existía un considerable número de doctores con el nombre de Driscoll.

Bruce fue llamándolos uno a uno y descartándoles sistemáticamente. Unos por la edad —lógicamente Driscoll si había sido médico de la familia de Sheila tenía que ser un hombre mayor — otros porque jamás habían oído hablar de Sheila Dawson, y otros

cuantos habían dejado de ejercer y ya no tenían clientes.

Había un Driscoll en Vermont, un hombre de unos sesenta años, al que Bruce fue a ver personalmente.

—¿Dawson? ¿Ha dicho usted Sheila Dawson? Hummm, deje que consulte mi fichero... En realidad hago ya muy pocas visitas, sólo tengo unos pocos clientes antiguos... ¿Qué edad tiene esa señora Dawson?

—Señorita Dawson —corrigió Bruce—, Tiene veintitrés años. Vamos a casarnos.

—¡Oh, mi enhorabuena! ¿V piensan vivir aquí?

—Sí —repuso Bruce escudriñando las más leves reacciones del veterano galeno—. Aunque ella es de Oregón, un pueblo que no aparece en la mayoría de los mapas. Black Land, cerca de Warm Springs. ¿Ha oído hablar de ese pueblo?

—Hummm. Oregón. Estuve en Oregón hace años... No. No recuerdo ese pueblo, señor. —Cerró el libro que estaba consultando y añadió— y por supuesto no sé quién es esa Sheila Dawson. Siento no poder atenderle.

Bruce miró con recelo al doctor. Su olfato de detective le hacía intuir que aquel hombre no decía toda la verdad y no le faltaron ganas de agarrarle por el pescuezo y hacerle vomitar todo lo que sabía, pero se contuvo. Pidió disculpas y se marchó, fijándose bien en las señas de aquella casa.

Regresaba a su casa cuando pensándolo mejor se apeó del coche junto a una cabina telefónica y marcó el número de Sheila.

Nadie contestó.

A Bruce le extrañó que a las siete de la tarde ella no estuviera en casa, por lo que decidió enfilar hacia el distrito de Santa Mónica. Allí le esperaba una sorpresa poco grata.

—Se fue, señor —le dijo la casera que ocupaba las habitaciones de la planta baja de la casa.

—¿Se fue? ¿Le dijo dónde?

La portera se encogió de hombros.

—No, señor. Dijo que estaría unos días ausente. Eso es todo. Llevaba una maleta. O sea que Sheila había abandonado Los Angeles con rumbo desconocido sin dejarle ni tan siquiera un recado.

Cuando el joven detective salía con la mente confusa, la mujer le

siguió unos pasos y murmuró:

—La señorita Dawson tomó un taxi, señor. Oí que decía al chófer que la llevara al aeropuerto.

—¡Gracias! —exclamó Bruce y saltó materialmente hacia su coche con la convicción de que «ya» sabía hacia dónde se dirigía Sheila.

«Black Land, Oregon» —pensaba mientras pisaba el acelerador a fondo.

En uno de los mostradores de las líneas domésticas pidió los horarios para Portland, la ciudad más próxima.

—Acaba de salir el vuelo de las 7,20, señor —le informó la empleada.

Bruce hizo un gesto de contrariedad pero enseguida la misma muchacha le informó.

—Pregunte en la Inter-West. Creo que hay un vuelo a las 8 con destino a Washington. Me refiero al Estado de Washington —puntualizó—. Es posible que haga escala en Portland.

—Muy agradecido.

En el mostrador que le habían indicado, Bruce adquirió un pasaje para el vuelo de las 8, que, efectivamente hacía escala en Portland.

Faltaba algo menos que veinte minutos para la salida y Bruce compró cigarrillos y un periódico que se metió en el bolsillo sin molestarse en desplegarlo.

Deambuló por el amplio vestíbulo consultando continuamente el gran reloj de la sala y comprobándolo con el suyo. Cada segundo se le hacía eterno.

«Debe haber sido ese Driscoll quien le ha aconsejado que regrese a Black Land —se repetía para sus adentros, al tiempo que se preguntaba—: ¿Pero por qué precisamente ahora? ¿Qué demonios pinta ese médico que jamás se había preocupado por ella?» El anuncio del vuelo que le correspondía, interrumpió sus pensamientos y Bruce se dirigió hacia la escasa cola que formaban los pasajeros del avión.

Cerca ya de la escalerilla observó a la segunda pasajera. La reconoció instantáneamente:

—¡Sheila!

La presencia de su prometido la dejó estupefacta.

El rebasó al resto de los viajeros para situarse junto a la muchacha.

—¡Bruce! ¿Cómo supiste?

—Se supone que un buen detective ha de saber deducir con buenos y rápidos reflejos. Si ibas a tomar un avión... sólo podía ser para dirigirte a un sitio...

Luego, ya con el avión en vuelo y ocupando asientos contiguos, Bruce preguntó:

—¿Fue ese Driscoll quien te aconsejó el viaje?

—Soy yo. Necesito saber.

—¿Saber... qué? —La verdad.

—¿Qué verdad?

—La que tú sabes. Bruce...

—Lo único que sé es que te quiero, Sheila.

—Aunque me halaga que me lo recuerdes, te suplico que no cambies de conversación. Tú sabes más de mí pasado que yo misma.

—No es cierto.

—Sin embargo pensaste que iría a Oregón.

—Porque ese misterioso doctor te lo insinuó.

—Me habló de un lugar llamado Black Land.

—Comprendo.

—Dejó entrever que fue allí donde yo nací.

—Y es cierto.

—¿Ves como tú lo sabes?

—Sólo de un modo circunstancial. Yo nunca he estado en ese sitio.

—Dime lo que sepas de mí, Bruce, te lo suplico.

—Sé únicamente que naciste allí y poco más.

—Dime ese «poco más».

—Es todo muy ambiguo, Sheila... Pero lo importante es que si hay algo por descubrir, debes ser tú misma quien lo consiga... sin traumas...

Se produjo un silencio. Los reactores atronaban el espacio, aunque el buen acondicionamiento del aparato ahogaba por completo el ruido.

—Tú me hablaste una vez de ese sitio... Black Land.

—Pensaba ir después de nuestra luna de miel.

—¿Por qué?

—Simplemente para ver si conseguías recordar algo, pero por ti misma, y sin forzarte.

—Tengo miedo, Bruce. De veras, tengo miedo. ¿Qué hay allí? ¿Qué cosa tan terrible puedo descubrir?

Bruce guardó silencio.

—Algo terrible debió ocurrir —añadió la joven.

El silencio de Bruce persistió.

—¿Por qué callas? ¿Por qué no me dices lo que sabes, Bruce? ¿Estoy enferma, verdad? ¡Dímelo! Mis padres estaban locos y yo...

—Tú estás perfectamente, querida, y deja ya de atormentarte. No tardaremos en llegar a Portland.

Sheila sabía que cuando Bruce se cerraba en banda ya no era posible hacerle cambiar de opinión. Sintió miedo, un terror pánico que agarrotaba sus articulaciones, preguntándose qué iba a encontrar en Black Land. ¿Qué iba a descubrir en un lugar del que nada recordaba y ni siquiera sabía por dónde se iba?

El mismo espanto la convulsionó. No podía evitar un escalofrío y aquel temblor que trataba de dominar. Bruce le cogió con fuerza el brazo como si tratara de tranquilizarla, dándole ánimos con su presencia física.

CAPÍTULO 2

EL taxi les llevó desde Portland hasta Woodburn.

Eran las diez y media de la noche cuando el conductor les dejó en la pequeña villa a orillas del Willamette.

—Final de trayecto —dijo el conductor.

—Todavía nos falta algo así como un centenar de kilómetros —dijo Bruce al conductor. —Lo siento, mi turno termina dentro de media hora. El patrón necesita el coche para sus asuntos...

—Supongamos que doble el precio de la tarifa —y Bruce mostró un pequeño fajo de billetes.

—¿Dónde dijo que iban? —preguntó.

—A Black Land.

—¿Cómo?

—No me diga que no sabe dónde cae eso —repuso Bruce.

—¡Black Land! —Y por toda respuesta el conductor añadió—: A lo máximo que puedo llegar es a Warm Springs.

—¿Encontraremos un coche de alquiler allí? —preguntó Bruce.

—¡Oh, seguro! Pero apuesto doble contra sencillo de que tendrá que conducirlo usted mismo.

—Pues no me importaría en absoluto, amigo. Yo sé manejar bien un coche. Más que algunos...

—Hummm —el taxista captó la indirecta y prosiguió el viaje. Sheila observó el coche beige claro que seguía tras ellos.

Lo comentó con Bruce.

—Ya le vi antes. Parece que nos viene siguiendo —musitó.

—Ya me he dado cuenta.

Ella sintió un estremecimiento.

—¡Oh, Sheila! Estás desquiciada. ¿Qué es lo que temes? Estoy a tu lado.

—No sé... Me parece ver sombras por todas partes.

—No hay ninguna sombra, Sheila... Sólo un coche que puede que nos siga, pero también puede ser una coincidencia. ¿No te parece?

Ella no estaba muy convencida, y advirtió por el retrovisor que el auto beige parecía empeñado en mantener la distancia.

—¿Conoce usted esto, señor? —inquirió el taxista rompiendo un largo silencio—. Es muy solitario.

—Sí, lo sé —repuso Bruce. Y seguidamente Sheila, mirándole a los ojos inquirió:

—¿Estuviste en Black Land?

—Sí.

—¿Viste la casa donde nací?

—Sí.

—¿Por qué no me hablaste de ello?

—No creí que tuviera demasiada importancia.

—¡Bruce! Me estoy devanando los sesos. Ni siquiera sé cómo eran mis padres... Es curioso.

—¿Qué es curioso? —preguntó Bruce, mirando por el retrovisor el automóvil que seguía tras ellos.

—Nunca he nombrado a mis padres... como si jamás los hubiese tenido.

—No trates de forzar tus recuerdos, Sheila. Todo llegará y te librarás de ese corto lapso de tu infancia que tanto te atormenta.

Una vez más, Sheila sintió aquel escalofrío cosquilleándole todo el cuerpo.

Se aproximaban a Warm Springs y el coche beige les adelantó. Bruce intentó ver al conductor, pero la oscuridad se lo impidió.

—¿Quién me llevó a Los Angeles? —preguntó ella.

—Un hombre llamado Horst, por encargo del juez del distrito.

—¿Horst? ¿Quién es?

—Un buen amigo de tu familia.

Otro largo silencio.

El indicador de la carretera señalaba la proximidad de la pequeña localidad de Warm Springs. El coche beige seguía a unos ciento cincuenta metros por delante.

—Cuando nos conocimos, Bruce... tú sabías algo de mí pasado.

—Muy poco relativamente —repuso él ambigualmente.

—¿Y por qué fuiste a Black Land?

—Por un asunto derivado de mí profesión. Soy detective. ¿Recuerdas?

—¿Era... algo relacionado conmigo?

—Parece que me estés interrogando —sonrió él acariciándola.

—Tú sabías que yo había nacido allí.

—Hummm... Sí, querida. Lo sabía.

—¿Y mis padres...?

—Tu madre murió siendo tú muy niña. No puedes acordarte de ella. —¿Y mi padre?

—Tu padre... —Bruce pareció vacilar, pero al fin, resuelto, afirmó—. Tu padre también está muerto...

Y tras un silencio ella murmuró.

—Quizá te parezca una tontería. No sé... Pero a veces... A veces en sueños creo oír una voz que me llama desde lejos... La voz de mi padre...

* * *

Se habían detenido frente al único hotel de la ciudad. Mirando en derredor de la calle principal y a su entorno, aquello parecía extraído de un viejo film del «Lejano Oeste», con la salvedad que el borde de la acera, junto a los porches de las casas —algunas de madera— en vez de caballos eran estupendos coches los que se hallaban aparcados. Bruce señaló uno de color gris con el indicativo de taxi.

—El chófer debe de estar en el bar. Entraré para hablar con él. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, no me apetece nada.

El morro del coche beige asomó en la esquina siguiente a menos de treinta metros. Bruce había entrado en el local, mientras la muchacha aguardaba en la solitaria acera. En el interior. Bruce había dado con el taxista que sentado en el taburete junto a la barra mataba el tiempo tomando cerveza.

Cuando el detective le dijo dónde se disponía a ir, el conductor enarcó las cejas y le miró como si su interlocutor fuera un loco recién escapado del manicomio.

—¿Ha dicho Black Land? Esto queda bastante lejos. El camino está pésimo. Mi taxi no es un «jeep».

—Le pagaré dos veces más la carrera.

—Yo no voy a ese sitio ni por mil dólares, amigo.

—De acuerdo —repuso Bruce impaciente—. Indíqueme al menos dónde pueden alquilarme un coche.

—A estas horas no encontrará a nadie. Pero si quiere un consejo quédese a dormir en el hotel y mañana con las ideas más claras regrese de donde ha venido.

—No le he pedido su consejo. Si no quiere llevarme, allá usted...

El taxista se encogió de hombros y pidió otra cerveza, mientras Bruce salía de nuevo a la calle.

—Temo que tendremos que quedarnos. De todos modos es muy tarde. Mañana veré de conseguir que me alquilen un coche.

Sheila asintió.

En el hotel, el dueño, un tipo taciturno y poco amable les hizo pagar por adelantado.

—Yo no hago preguntas, pero este es un lugar decente.

—Le he pedido dos habitaciones —masculló Bruce comiéndose al encargado con la mirada.

—Sí... Les daré una en el primer piso y otra en el segundo. La escalera es de madera y cruje cuando uno sube y baja por ella.

—¡Ya está bien de insinuaciones, amigo!... Dénos las llaves, sabremos encontrar sus apestosas pocilgas.

En aquel momento, ella se volvió hacia la puerta a través de cuyos cristales desprovistos de cortinas y visillos pudo ver el coche beige.

—¡Bruce! —exclamó indicándole la calle.

El detective se volvió. Vio el coche y tomó a la muchacha por el brazo, murmurando:

—Vamos. Te dejaré en tu habitación y luego saldré a echar un vistazo.

El encargado les vio subir mascullando algo entre dientes. Bruce comentó:

—Me hubiera gustado romperle la crisma a ese espantapájaros.

Cuando Sheila estuvo en la fría habitación del hotel, desprovista de todo elemento decorativo y sin el menor detalle de buen gusto, Bruce, a su lado la acarició.

—Mañana estaremos allí. Ahora tú procura descansar —la besó con fuerza. Sus manos recorrieron el cuerpo de la joven acariciando las suaves curvas.

—¡Bruce! —exclamó ella en un estremecimiento—, ¡A tu lado

me siento tan segura!

—Pero pretendías irte sin mí...

—Perdóname, Bruce.

El la besó de nuevo y quizá deseos no le faltaban de hacer algo más con aquel cuerpo tan perfectamente formado.

Bruce aún estaba allí cuando ella se desabrochó el ligero con la falda remangada. Prefirió irse porque de haberse quedado en la habitación... Bueno, de haberse quedado, posiblemente con un dormitorio hubieran tenido de sobra para pasar la noche.

Bajó a la calle para ver de cerca aquel coche y sobre todo a su propietario, pero el auto ya no estaba. Avanzó hacia la esquina inmediata y sólo pudo ver otros coches, pero no precisamente el que buscaba.

Lo que Bruce no pudo ver fue al hombre que avanzaba por el corredor del primer piso y se detenía en la habitación que ocupaba Sheila.

El encargado examinaba en el libro de registro las firmas de los dos únicos huéspedes del hotel.

Sheila Dawson; había firmado ella con su nombre correcto. Bruce había puesto el nombre de JOHN BROWN.

En la calle, Bruce examinaba el pequeño hotel del que únicamente surgía luz en la planta baja donde estaba el bar y la recepción. En el primer piso había una única ventana iluminada. La que correspondía a la habitación de Sheila.

El hombre que se había detenido ante la puerta de la habitación de la muchacha llamó suavemente con los nudillos.

Seguro que Bruce hubiera reconocido al tipo a quien la muchacha, a través de la puerta, preguntaba:

—¿Quién es?

El hombre respondió.

—Abra, por favor, soy el doctor Driscoll.

Bruce encendió un cigarrillo, aspiró el humo y luego lanzó una azulada bocanada en el aire.

Miró de nuevo hacia lo alto y vio la silueta de su prometida gesticulando.

—«¡No está sola!» —pensó.

Junto a la sombra de los cortinajes vio fugazmente otra silueta. La de Driscoll, que no pudo reconocer en la distancia.

Lanzó el cigarrillo y entró en el hotel como una exhalación, sin detenerse a mirar al portero y encargado que le observó con la más completa indiferencia.

Bruce corrió por el pasillo hasta llegar a la puerta tras la cual se hallaba Sheila.

—¡Abre! Soy yo. Bruce —dijo.

—Un momento, querido. Estaba ya acostada —dijo ella.

«Miente» —pensó Bruce.

Sheila abrió al cabo de medio minuto.

—¿Estás bien? —preguntó él, quien desde el umbral escudriñaba la vacía habitación.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Es que desde la calle me pareció ver...

—¿Qué?

—No sé. Creía que estaba alguien contigo.

Sheila negó.

—No. Debiste confundirte de habitación.

El sabía que «no» se había confundido, pero se abstuvo de demostrar su incredulidad.

—Bueno. Me alegro que estés bien. Ahora trata de dormir.

La besó. Mientras lo hacía observó el armario de madera situado en el lado opuesto a la ventana. La besó con más fuerza y luego salió de la estancia.

—Nos vio desde la calle, doctor —dijo Sheila asustada cuando Driscoll salió del interior del armario.

—Usted ha sabido disimular muy bien, Sheila.

—No me gusta mentirle a él.

—Sheila, le aconsejé que hiciera sola este viaje. ¿Recuerda?

—Sí, doctor.

—Sí quiere ir en busca de su pasado debe observar mis instrucciones al pie de la letra.

—Pero Bruce me siguió. Yo sé que me quiere bien.

—De acuerdo. Ahora ya es tarde para volverse atrás, pero debe andarse usted con mucho cuidado. Es su vida la que está en juego...

—¿Mi vida?

—Su salud. Es usted *sola*, ¿me entiende? —y recalcó — *¡sola!* la que debe enfrentarse con su pasado.

—Creo que Bruce opina igual. ¿Qué mal ve usted en que él esté

a mí lado?

—Me agradecería poderle contestar que «ninguno», pero no estoy muy seguro. —Por favor, doctor Driscoll, usted insinuó que yo podía padecer una enfermedad hereditaria. ¿Qué enfermedad es ésa?, ¿y qué peligros puedo correr?

Driscoll se alzó de hombros.

—Ojalá pudiera ser más explícito. Lo único que le pido es que no hable con su prometido de que me ha visto a mí aquí, y de que hemos estado hablando. Ahora, debo irme... Y que Dios le dé mucha suerte...

Y el viejo doctor Driscoll, el mismo que aquella tarde había hablado con Bruce en el distrito de Vermont, salió de la habitación.

A pesar de sus precauciones, Bruce le vio perfectamente asomado en la pared del rellano.

* * *

En el taller de un tal Jeffrey, Bruce intentó inútilmente alquilar el «jeep», ni aún triplicando el valor de un alquiler normal, el propietario aceptó la oferta.

—Para ir a ese sitio no le alquilaría ni una bicicleta, amigo —puntualizó el tal Jeffrey.

—¿Y cómo sabe usted dónde quiero ir?

—Este es un lugar pequeño señor, y en esta época no suelen venir muchos turistas. Usted llegó anoche, ¿verdad? ¿Qué tal la señorita que le acompaña?

—¡Eso es algo que a usted no le importa! —espetó Bruce deseoso de sacudir a aquel tipo pequeñajo y lleno de pretensiones—. ¿Me alquila el «jeep», sí o no?

—Ya se lo he dicho. Se lo alquilaría para ir al infierno, pero para Black Land no. ¿Está claro?

—¡Váyase al diablo!

Regresó al hotel del peor talante. Sheila le esperaba tomando un ligero desayuno.

Bruce no quiso probar nada.

—No te pierdes gran cosa. El café es horrible, parece zumo de algarrobas.

Bruce parecía no escucharla, tenía el pensamiento fijo en otra parte.

—¿Qué pasa? ¿No has conseguido el coche? —interrogó ella.

—No. Cuando se nombra Black Land hace el mismo efecto que se hable del infierno.

Sheila se estremeció.

—Pero no importa. Alguien nos llevará allí. Espérame, voy a hacer una llamada telefónica.

Bruce tuvo que ir al bar cruzando el amplio paso que separaba la recepción del hotel del resto de las dependencias públicas.

El teléfono estaba en una cabina. Bruce tenía que llamar a Los Angeles.

Y mientras él llamaba, el doctor Driscoll asomó un instante por la puerta de la calle.

Sheila al verle se dirigió hacia él. —¿Qué quiere ahora? —inquirió.

—Nada. Únicamente saber si seguía aquí.

—Bruce está buscando un medio para llegar hasta Black Land.

—No lo encontrará. Nadie quiere ir a ese lugar. Yo podría llevarla. Pero a usted sola.

—Lo siento, doctor, pero no pienso separarme de Bruce.

—A su gusto. Pero no creo que sea lo más conveniente.

—¿Por qué?

Driscoll se encogió de hombros. Su rostro expresaba un indescifrable misterio.

—¡Doctor! ¿Usted nos estaba siguiendo anoche, verdad?

—Sí. Tomé un avión antes que ustedes. Sabía que usted iría y esperé en Portland. Quería llevarla personalmente, pero sola... ¡Vamos, Sheila! Tengo el coche en la esquina. Venga conmigo.

—Iré con Bruce o no iré.

—No irá. Nadie va a llevarles. Ese sitio está maldito.

—¿Por qué?

—Venga conmigo, quizá usted pueda ayudar a desentrañar el misterio.

—¡Váyase, doctor, Bruce volverá de un momento a otro!

Driscoll se encogió de hombros una vez más y dijo:

—Yo ya he hecho cuanto he podido, Sheila. De veras... corre usted un serio peligro. Y Driscoll desapareció nuevamente hacia la

calle, al tiempo que Bruce regresaba para decir:

—¡Todo solucionado! Dentro de un par de horas saldremos para Black Land.

CAPÍTULO 3

EL helicóptero tomó tierra en un descampado detrás del hotel. El piloto era un viejo conocido de Bruce.

—¿Hacia dónde diablos dijiste que hemos de ir? —inquirió el encargado del aparato.

Bruce hizo las presentaciones, luego repitió el lugar.

—¿Black Land? Sí... está en las estribaciones del Monte Hood. Es un lugar solitario.

—Sí.

—¿Tendremos que permanecer mucho tiempo? —inquirió el piloto.

—No lo sé, Matt, pero si tienes prisa puedes regresar. Te llamaré por teléfono.

—¿Estás seguro de que hay teléfono dónde vamos?

—Antes había una línea.

—De acuerdo, subid. Tendremos que volar alto. Por esta zona surgen los picachos cuando menos lo esperas.

Bruce y Sheila se acomodaron en los asientos traseros del aparato que se elevó en vertical tomando rápidamente la dirección de la montaña.

Tras los primeros minutos de vuelo en silencio, Bruce lo rompió para preguntar a su novia.

—¿Por qué no me dijiste que habías hablado con Driscoll?

—¿Eh? —ella mostró su sorpresa, que no supo disimular.

—Le vi anoche.

—¿Le conoces?

—Hablé con él a primera hora de la tarde de ayer en Vermont. El fingió no conocerte. No tiene sentido, Sheila. ¿Qué se propone?

—No lo sé.

—Sin embargo me rehúye. Un médico no se comporta así.

—El dice que pretende ayudarme —apuntó ella.

—¿Estás segura?

—¡Oh, Bruce! Ya no estoy segura de nada. Ansío llegar a ese

pueblo y tengo miedo a la vez...

El aparato se remontó a mayor altura para salvar aquella cadena de altas y escarpadas montañas.

Cuando era posible, el piloto descendía y comentaba la belleza del paisaje, pero sus dos pasajeros no viajaban en plan de turistas y nada de lo que discurría bajo sus pies parecía interesarles.

Ambos deseaban llegar a la meta de su viaje.

Metido entre el valle, el helicóptero seguía la tortuosa carretera que conducía hasta Black Land.

—¡Ahí está! —indicó el piloto.

—¿Es eso? —inquirió la muchacha mirando hacia abajo.

—Sí —asintió Bruce.

Volaban ya sobre las escasas construcciones de aquel lugar desierto que tenía algo de siniestro.

Sheila, una vez más, sintió un tremendo escalofrío, mientras Matt, el piloto, buscaba un descampado apropiado para tomar tierra.

En una especie de plaza donde se agrupaba la mayoría de las casas, un terceto de hombres contemplaba el aparato. A Sheila se le antojaron seres salvajes y primitivos, gente de una época muy remota. Sin embargo era allí donde había nacido ella. Cuando el aparato se posó en el suelo levantando la consiguiente polvareda, Matt sugirió:

—¿Qué os parece si vengo por vosotros a las seis?

—No es mala hora —repuso Bruce.

—Entonces, si no hay novedad, no es necesario que me llames por teléfono. A las seis me tendréis en este mismo lugar. ¿De acuerdo?

—¡«Okay»! —repuso Bruce y ayudó a bajar a Sheila que por primera vez y al cabo de diecisiete años volvía a pisar el suelo que la vio nacer.

Todo era absolutamente desconocido para ella.

Cuando el aparato se elevó nuevamente, un par de individuos se acercaron prudencialmente a los jóvenes.

Ninguno de ellos dieron muestras de reconocer a la pareja de forasteros, sin embargo ambos habían tenido pequeñas charlas con ella cuando contaba seis años de edad.

Los dos tipos tenían aspectos singulares y bien diferenciados.

Uno era Horts, el taciturno y viejo amigo de la familia. El tiempo no parecía haber pasado para él. Su acompañante era Little Banion, el enano. Diecisiete años más viejo pero obviamente no había crecido ni un milímetro. También parecía que el tiempo se hubiera detenido para él.

Más atrás y escudriñado como un espía se hallaba un tercer hombre: el huraño Skinner, que ya había dejado de vender leña.

Sheila, del brazo de Bruce, avanzó hacia el centro del poblado. En realidad había muy poco que ver.

Clem, el del aserradero, con diecisiete años más, era ahora un tipo cuarentón de aspecto agradable, pero tan desconfiado como el resto de los moradores del lugar.

Tanto Horts como el enano seguían a la pareja a cierta distancia. Y Sheila ya había advertido la presencia de Skinner, que al pasar ante él se hacía el distraído. También observó a Clem y a otros —sobre todo mujeres—, que asomaban ligeramente por las ventanas para cerrar de nuevo.

—Parece que nos hemos convertido en el centro de atención de todo el mundo — murmuró Sheila.

—Es normal. Aquí no suelen ver muchas caras nuevas.

Y Bruce se volvió haciendo una seña a la pareja formada por Horts y el enano.

—¡Eh, amigos! ¡Acérquense! —llamó.

Los aludidos dudaron unos instantes. Fue Bruce quien tomó la iniciativa y se acercó a ellos dejando a Sheila ligeramente más atrás.

—Hace bastantes años estuve aquí con el Juez Horne. Quizá no me recuerden, pero a la que sí tienen que reconocer es a Sheila Dawson —y señaló a la muchacha.

—¡El cielo me valga! —exclamó Horst en la primera exclamación de sorpresa de toda su vida. ¡Si es Sheila! ¡Cómo ha cambiado! Claro... es natural. Entonces tenía...

—Seis años —atajó el enano.

Skinner avanzó hacia el grupo, lleno de curiosidad. Había oído lo que se acababa de decir allí y se quedó escuchando.

Clem salió del aserradero para unirse a los recién llegados.

—¿Conque tú eres Sheila? ¡Quién te hubiese reconocido! Estás preciosa. ¡Claro! Tú no te acuerdas de mí. Solías llamarme tío Clem.

Ella les miraba a todos con ojos embobados. No les reconocía en

absoluto, pero una sensación extraña la hacía sentir como si aquella fuese —como era en realidad —, su propia tierra, y estuviera al lado de quienes sabían de su niñez más que ella misma.

—¿Tío Clem?

—No fuerces tu memoria, Sheila —intervino Bruce—, y vamos a tu casa.

—¿Piensan ir a la vieja mansión? —exclamó Horst.

—Legalmente sigue perteneciendo a Sheila —repuso el detective.

Nadie replicó, sólo Horst inquirió:

—¿No pensarán vivir allí?

—Por supuesto que no. Después de que nos casemos, Sheila y yo decidiremos acerca de la casa. Por cierto... ¿Recuerdan al doctor Driscoll? —y sin esperar respuesta Bruce añadió—: Viene hacia aquí, siente un especial interés por Sheila. Si le ven díganle que tendremos mucho gusto en recibirle... Buenos días, amigos.

Después de cruzar la casa, pasaron frente a un viejo cercado de estacas. Al otro lado se levantaba un muro, lo único que quedaba en pie de una vieja edificación que llevaba años allí. Sheila al verlo se detuvo.

—¿Qué pasa? —inquirió Bruce.

—¡Mi casa! —exclamó como si una fugaz visión le hubiera llevado a la mente el recuerdo claro y lúcido.

—¿Dónde? —inquirió Bruce.

—Al otro lado del muro —y ella misma quedó sorprendida de su matemática aseveración.

Sí. La casa estaba allí. Más vieja, con aspecto ruinoso pero era su casa y ante ella, Sheila se detuvo mientras sus ojos se engrandecían.

Una intensa alegría parecía invadir todo su cuerpo. Una alegría que inmediatamente se convirtió en un escalofrío de terror.

* * *

Bruce la sorprendió con unas provisiones que había comprado en Warm Springs. Comida que ella cocinó demostrando que conocía perfectamente la casa.

Tomó la leña del cuarto contiguo a la cocina, todavía se

conservaban rescos troncos con los que encender la lumbre y calentar el hogar.

Cuando tomaban el almuerzo, Sheila exclamó:

—Debiste traerme antes aquí, Bruce... Tengo la mente llena de ideas. No consigo recordar nada pero siento algo dentro de mí, algo inexplicable... Conozco la casa...

—Eras muy niña.

—¿Qué pasó entonces, Bruce? ¿Qué ocurrió para que se me fuera todo de la cabeza?

—Unos hechos muy extraños, Sheila. Hechos que jamás pudieron ser puestos en claro.

—¿Por qué no me los cuentas?

—Temo que si lo hiciera sólo conseguiría confundir tu mente.

—Inténtalo. Ya no tengo miedo.

—Si tú lo deseas... Pero terminemos ese succulento almuerzo antes, ¿eh?

Al terminar subieron al piso superior. Todo estaba cubierto de polvo y telarañas. Ella recorrió el pasadizo y se detuvo ante una puerta.

—¡Aquí! —exclamó.

Bruce sonrió.

—¿He acertado, verdad? He acertado. Aquí dormía yo. Y mis hermanos... —se detuvo. —Sigue —la instó él.

—Yo tenía hermanos.

—Sí.

—Dos...

Se volvió. Miró en torno suyo y observó la puerta cerrada frente a su antiguo dormitorio. Sintió un escalofrío. Bruce adivinó aquella especie de terror que acababa de invadirla súbitamente.

—¿Qué ocurre ahora?

—¡Papá! —exclamó ella.

—¿Sí...?

—Ese... Ese era el cuarto de papá.

—¿Recuerdas a tu padre, Sheila?

—No lo sé. No estoy muy segura —guardó silencio y pensó en uno de aquellos sueños

suyos y escuchó una voz lejana que la llamaba... «*Sheila, Sheila*» Repentinamente se abrazó a Bruce exclamando:

—¡Tengo miedo!

—¡Cálmate, cariño!

En aquel instante comenzaron a sonar los pasos por el piso superior.

Sheila los escuchaba tan claramente como Bruce, que permanecía inmóvil, abrazándola. Los pasos se detuvieron unos instantes y luego prosiguieron por la escalera que descendía desde las viejas golfas.

Tap, tap, tap.

Sheila ya no pudo más y gritó.

—¡Papá!

—¡Sheila! —susurró Bruce casi a su oído.

—¡No papá, no! ¡No lo hagas...!

Y los pasos seguían descendiendo...

Tap, tap, tap.

Sheila se estremecía entre los brazos de Bruce, que permanecía quieto como una estatua, dejándola que ella se abrazara a su cuerpo.

Tap, tap, tap.

—¡Papá, no! ¡Papá!

La silueta se cortó al término de la escalera, al final del,¹ corredor, muy cerca de donde se hallaban ellos.

—¡Horst! —exclamó Sheila.

Le había reconocido, pero no por haberlo visto momentos antes, sino que sus recuerdos se remontaban a su época de niña.

—¿Por dónde ha entrado, Horst? —inquirió Bruce.

—Por la puerta lateral —replicó el aludido—. Sube directamente arriba.

Se aproximó a Sheila y ésta lentamente comenzó a desprenderse de Bruce.

—¡Sheila! —murmuró el hombre lleno de ternura.

—Horst... tú fuiste quien me llevó a Los Angeles...

—¿Te acuerdas? —preguntó el viejo.

—Todo está aún muy confuso en mi cerebro...

—¿Usted es el detective que vino hace algún tiempo?

—preguntó el viejo.

—Sí, Horst. Ya nos conocemos.

—Sí. Creo que sí.

—¡Bruce! —gritó ella de pronto—. ¡Horst podrá ayudarme a recordar...! ¿Verdad que sí?

—Solo tú conseguirás la plena ayuda, Sheila —terció Bruce abrazándola de nuevo.

Tras un silencio Horst justificó su presencia en la casa.

—Hace tiempo que un temporal destruyó el pabellón donde yo pasaba las noches, y desde entonces, aprovechando que la casa estaba abandonada, me he refugiado aquí... Pero si ustedes piensan quedarse...

—No importa —cortó Bruce—. Puede usted seguir ocupando la casa.

—Vivo arriba. No les molestaré.

La muchacha aprobó con un asentimiento de cabeza. Luego avanzó por el corredor hasta llegar a la escalera que subía al piso superior.

El viejo aprovechó para preguntar a Bruce:

—¿Sigue sin recordar nada?

—Así es.

—¿Y no le parece que las cosas son mejor así? Aquello no fue nada agradable.

—Yo no fui testigo presencial. Cuando ocurrió tenía 13 años y tan sólo era un aventajado estudiante del instituto. Mi padre y el Juez del distrito eran viejos amigos. Después de licenciarme de la marina oí hablar del asunto y me interesó. Fue entonces cuando vine a echar un vistazo. No pude resistir la tentación de conocer a Sheila y ya ve... Vamos a casarnos.

—Bueno, yo no les molestaré. Para nada. Ni siquiera me verán. Jamás utilizo la puerta principal.

—Utilice la que quiera y hágame un favor, Horst... Estamos esperando al doctor Driscoll.

—Ya oí cuando lo dijeron en la plaza. ¿Qué quiere el doctor Driscoll?

—Lo ignoro, pero tiene un gran interés por Sheila...

—Hummm... nunca me ha gustado ese hombre —masculló Horst alejándose—. Pero le diré que están ustedes aquí.

—Gracias, amigo, pero... ¿Por qué no le gusta Driscoll?

Pero el viejo se limitó a alzarse de hombros. Sin duda no encontró la respuesta apropiada.

* * *

Sheila había recorrido toda la casa, deteniéndose de un modo especial en el que fuera su dormitorio.

Bruce, siempre detrás de ella, observaba hasta el mínimo detalle sus gestos y expresiones.

Después, la muchacha observó alternativamente las habitaciones que habían pertenecido a sus dos hermanos.

—¿Qué fue de ellos, Bruce? —inquirió.

—Murieron —repuso él sobriamente.

—¿Murieron? ¿Cuando eran pequeños?

—Sí. Tú eras la menor de los tres.

—Parece imposible que no pueda recordar esto —se apoyó en el vano de la puerta y él la atrajo sacándola de allí para invitarla a bajar nuevamente hacia la planta baja de la casona.

—A veces creo recordar cosas. Luego se me van de la cabeza, como si estuviera vacía por dentro.

Bruce seguía en silencio. Luego ella bajó la escalera y recorrió el resto de la planta baja. En la vieja leñera observó entre las telarañas un viejo y carcomido caballo de cartón. Se aproximó a él.

En su mente creyó escuchar unas voces infantiles...

—Déjame a mí, Dick... Ahora quiero montar yo.

—Yo estoy antes que tú...

Veía a tres niños jugando. Dos chicas y un muchacho mayor que ellas.

¡Sus hermanos! ¡Sus hermanos y ella misma!

Pero... ¿Cómo eran en realidad? O tal vez cabría preguntarse: ¿Cómo fueron? Y ¿cómo murieron?

* * *

Como muchacha con muñeca nueva, en su afán de recordar, Sheila siguió recorriendo la casa una vez más, mientras Bruce se quedó abajo fumando un cigarrillo.

Esperando.

Algo iba a suceder.

Algo tenía que suceder.

Sheila subía ahora la escalera del desván de paredes desconchadas y techo ennegrecido. Antes había abierto una vez más las puertas una a una, incluso la del viejo y maloliente cuarto de aseo, con el lavabo ennegrecido y lleno de mohos.

Ahora ascendiendo hacia el desván, creyó escuchar un crujir de tenues pisadas.

Se detuvo. Estaba ya cerca de la puerta del piso superior.

Algo cayó sobre las tablas de maderas y produjo un ruido que a Sheila le arrancó un grito.

—¡Sheila! —gritó desde abajo Bruce.

Un gato salió de alguna parte y pasó por entre el resquicio de la puerta entreabierta del desván y escapó maullando escalera abajo.

¡Un gato!

Sheila lanzó un suspiro de alivio y terminó de subir el corto tramo de escaleras que le faltaban para llegar hasta la entreabierta puerta.

La presencia del desván tras aquella puerta le atraía de un modo especial.

Tres escalones, dos, uno.

Luego el rellano y la puerta.

¿Qué encontraría dentro de aquella estancia?

El corazón de Sheila latía violentamente cuando empujó la puerta suavemente primero y luego la empujó de golpe.

El crujido de los goznes faltos de engrase produjo el característico ruido.

Luego sus ojos, al mirar hacia el interior, se llenaron de espanto. El pánico invadió todo su ser y lanzó un grito terrible.

—¡Sheila! —gritó Bruce subiendo la escalera tan rápidamente como sus fuerzas le permitieron.

Ella se había apoyado en el vano de la puerta y su mente por unos instantes se nubló. Creyó que iba a perder el conocimiento cuando apareció Bruce subiendo el último tramo de escaleras.

¡Sheila!

Los ojos estaban fijos en ella y su larga y sedosa cabellera rubia parecía brillar en la semioscuridad del viejo desván.

Sin embargo, aunque balanceándose sentada en la mecedora,

toda su figura permanecía inmóvil como un ser inanimado.

Eso era lo que había llenado de espanto a Sheila.

—¡Es sólo una muñeca! —exclamó Bruce tomando a la muchacha entre sus brazos.

Y Sheila exhaló un suspiro.

—¡Dios mío! Tengo los nervios a flor de piel. Perdona, Bruce. He sido estúpida... Pero ella estaba aquí, balanceándose... Creí que...

No continuó. Bruce tampoco la forzó a recordar lo que para ella podía significar aquella muñeca que alguien debía de haber cuidado y desempolvado para que se mantuviera como nueva.

Luego, más serena, reflexionó.

—Seguramente el gato fue el que movió la mecedora... Me he asustado de veras.

—Bueno, mujer. Ya ha pasado —sonrió él.

Ella se aproximó y tomó el juguete en sus brazos, lo meció como si se tratara de una criatura real.

—Alguien la ha estado cuidando... Parece intacta, como el primer día —murmuró.

—¿Te acuerdas de esa muñeca? —inquirió Bruce.

—¡Oh, sí! —repuso Sheila de modo espontáneo—. Me la regaló mi padre.

Y no supo exactamente por qué lo había dicho. Sin embargo era cierto. La muñeca era un regalo de su padre. Se la trajo cierto día de regreso de un viaje a Portland.

Bruce quiso profundizar más, obligar ligeramente a que la mente de la joven recordara por sí misma.

—¿Tu padre te la regaló a ti?

Sheila frunció el entrecejo.

—No... —y como en trance murmuró—. «A ti te traeré otra más bonita cuando crezcas un poco más, Sheila».

Bruce la miraba atentamente.

—No. No fue a mí a quien se la regaló. Fue a... —no le salía el nombre.

—No te preocupes. Ya te acordarás.

—¡Betsy! —exclamó ella de pronto.

—¿Quién era Betsy?

—Mi hermana mayor. Tenía... tenía dos años más que yo... Dick era el mayor de todos. Él tenía el caballo que antes vi en la leñera.

—¿De modo que recuerdas a tus hermanos?

Ella asintió lentamente. Recordaba, sí, pero tan sólo un poco. Aún no conseguía precisar nada en concreto, pero la estancia en la casa por lo menos había conseguido despejar ligeramente su mente. Era el principio.

Sheila volvió a dejar la muñeca en la mecedora y bajó cogida del brazo de Bruce. —¿Crees que Horst es quien ha limpiado la muñeca para que se conserve reluciente y bonita, como si fuera nueva?

—inquirió Sheila.

—Se lo preguntaremos en cuanto vuelva a aparecer por aquí —adujo Bruce.

Se sentaron de nuevo en la planta baja. Ella permaneció callada, con los ojos entornados, como si tratara de revivir aquellos años que aún permanecían en blanco. Bruce la observaba atentamente, en silencio.

Sheila abrió la puerta y miró hacia la rampa que conducía a los más elevados riscos. Miró y entre brumas creyó ver a una chiquilla subiendo.

Luego lanzó un grito que trató de ahogar.

Como en un «flash back» vio una roca teñida de sangre y alguien de borrosa imagen empuñando un hacha.

Entró con las manos en la cabeza como si tratara de escapar de una escena terrible. Y se tapó los oídos para no oír aquel grito que su subconsciente le recordaba, haciéndola temblar por dentro.

Bruce se levantó lentamente para acercarse a ella, pero antes de que pudiera alcanzarla, en la parte alta sonó un grito real. Un alarido de muerte lanzado por alguien que estuviera viviendo una tétrica agonía.

Ambos volvieron los ojos hacia la escalera y fue Bruce quien marchando delante subió hasta el primer piso. Ella le siguió con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

El grito procedía del desván y hacia allí se dirigieron los dos.

La puerta volvía a estar cerrada. Bruce pensó que al bajar ambos, no la habían cerrado, lo cual indicaba que «alguien» más rondaba la casa.

—¿Qué ha sido esto? —susurró Sheila al lado de Bruce, que permanecía junto a la puerta.

—¡Espera! Deja que yo abra —dijo él protegiendo con su atlético

cuerpo a la muchacha. Cuando el detective empujó la puerta sonó otro grito. Esta vez fue Sheila quien lo profirió.

¡La muñeca!

Aquella hermosa y bien cuidada muñeca se balanceaba en el aire. Alguien la había colgado del techo con una soga cuyo lazo se cerraba en el cuello.

¡Pero qué demonios...!

¡Por Dios, Bruce! ¡Sácala de ahí! ¡Por Dios...!

El detective se sirvió de un viejo taburete para descolgar la muñeca, a la que quitó la soga.

—¿Quién diablos ha podido hacer esto? —comentó como si hablara consigo mismo.

Sheila estaba demasiado aterrada para contestar.

Fue Bruce quien añadió:

—Lo han hecho a propósito. Tratan de asustarte.

—¿Pero quién...? ¿Por qué...?

Bruce pensaba rápidamente.

—Nadie sabía que íbamos a venir aquí. Nadie excepto el doctor Driscoll —recordó.

—El doctor Driscoll —repitió Sheila como un eco.

CAPÍTULO 4

HORST regresó unos diez minutos más tarde. Venía fatigado y se dirigía hacia la puerta lateral de la casa cuando Bruce le impidió el paso.

—¡Oh! ¿Es usted?

—¿Dónde ha estado hasta este momento, Horst? —preguntó el detective soltando la pregunta a boca de jarro.

—¡Oh... cuando les dejé a ustedes fui a estirar las piernas y... bueno, el enano me llamó para hacer un encargo para Clem... Había que transportar unas tablas de madera del aserradero. Pero... ¿Por qué le interesa a usted?

—Alguien ha entrado en la casa.

Horst se encogió de hombros.

—Es extraño... No creo que nadie se atreva, señor... Esta casa está considerada como maldita. Usted lo sabe, cuando vino con el juez...

Bruce le atajó para explicarle lo de la muñeca. Horst mostró su estupor e incredulidad.

—¡Cielos! Esto es obra de locos. ¿A quién puede ocurrírsele?

—A propósito, Horst... ¿Eres tú quien cuida esa muñeca?

—¿Cuidarla?

—Está muy limpia y reluciente.

—Bueno, verás... Sé que la pobre Betsy la quería mucho... Betsy fue la primera en...

—Sí, lo sé... —cortó Bruce y añadió—. Así que Betsy era tu preferida.

—¡Oh, no señor! Yo quería a los tres chicos... Y si me apura le diré que la mejor de todas era Sheila... Parecía una muñeca y aún lo parece ahora. ¡Es tan hermosa...!

—Alguien está tramando algo, Horst.

—Le aseguro que yo no sé nada, señor.

—Escucha, Horst... esta casa tiene tres puertas. La de la parte de atrás, por ejemplo, puede ser utilizada sin tener que rodear la casa.

—¡Oh sí! Hay un camino. Va directamente al monte. Pero esa puerta está cerrada por dentro, señor.

—Vamos a verlo.

Poco después Horst mostraba su sorpresa al exclamar.

—¡Está abierta! No lo comprendo...

—Horst... temo que no eres tú sólo el que habita esta casa. Hay gente que se pasea por ella.

—No tengo ni idea de quién puede ser.

—Voy a hacerte una pregunta, Horst...

—Si puedo contestársela...

—Hace un par de horas o poco más que llegamos con el helicóptero.

—Cierto...

—Estebáis tú, el enano, y un tipo raro...

Skinner, el viejo leñador. Ahora ya no trabaja —aclaró Horst.

Y luego ese Clem del aserradero.

—Sí. También era amigo de la familia y quería mucho a los niños...

—Había otros más que no llegaron a acercarse, un par de hombres jóvenes. Como yo aproximadamente, quizá con menos edad.

—¡Oh! Se refiere a los Stanley... Son los hijos del viejo Josua Stanley. Es un ganadero, tiene una casa en las afueras. No viene mucho por aquí. Es un tipo raro, lleno de manías y muy supersticioso. Dice que la gente de Black Land estamos embrujados...

—Horst...¿Quién puede querer hacer daño a Sheila?

—¿Daño? ¡Oh, no! A ella no.

—Horst... Ella es una Dawson. La última de la familia. La única hermana que está con vida... Están tratando de asustarla.

El viejo no supo qué contestar, luego cambió de tema y preguntó:

—En fin... Yo venía por si necesitaban algo. Si van a quedarse precisarán provisiones. —Luego iré a buscar lo necesario si hace falta, pero no lo creo. Vendrán a buscarnos a las seis.

—En este caso... —Horst hizo intención de dar la vuelta, pero el detective aún tenía una última pregunta que hacerle.

—¡Un momento! ¿Sabe algo de Driscoll?

—No, señor. No le he visto.

—Pues es extraño. El venía hacia aquí en un automóvil. Tiene tiempo suficiente de haber llegado. Salió de Warm Springs mucho antes que nosotros y ya llevamos aquí más de dos horas.

Por toda respuesta Horst masculló:

—Pues en el pueblo no está. Y creo que es mejor para todos. Y sin dar explicaciones del por qué de sus palabras dio definitivamente la vuelta para marchar por donde había venido.

Bruce entró nuevamente en la casa. Su rostro mostraba una seria preocupación.

* * *

Los hermanos Stanley montados en sendas motocicletas, rivalizaban en la frenética carrera hacia Warm Springs.

El sendero era estrecho y pedregoso, lo cual precisaba de una gran maestría en la conducción para no saltar por los aires.

No obstante la velocidad que ambos llevaban, se vieron obligados a frenar a causa del automóvil color beige claro que se hallaba en mitad del camino, justo en la parte más estrecha.

Un hombre —Driscoll —, estaba examinando algo en el motor, con el capot levantado.

Los Stanley se aproximaron.

—¿Qué le ocurre a su cacharro? —preguntó uno de ellos.

—Eso querría saber yo. De pronto se ha negado a seguir adelante...

—¿Se dirige usted al pueblo embrujado? —sonrió uno de los hermanos.

—Si os referís a Black Land sí. Me dirijo allí, pero ¿quién dice que es un pueblo embrujado?

Mucha gente opina así... ¿Usted quién es?

Me llamo Driscoll. Soy médico. Hace años estuve ejerciendo en Warm Springs y solía visitar vuestro pueblo. Vosotros debéis ser los Stanley. Habéis crecido mucho.

—¿Qué esperaba, doc?

—¿Pensaba que nos íbamos a quedar enanos como Little Banion?

Rieron los dos y enseguida se ofrecieron para echar un vistazo al vistoso automóvil de Driscoll.

Después de manipular durante algún tiempo, uno de los Stanley afirmó:

—Creo que es cuestión de la batería. Lo siento, doc. No podemos hacer nada por usted. Tenemos prisa. Hoy hay una buena fiesta en Warm Springs. ¿Quiere que le mandemos a un mecánico?

—No os molestéis, ya me las arreglaré.

—Pues dese prisa, hemos oído decir que le están esperando.

—¿A mí? —inquirió el doctor.

—Sí... la Sheila esa. Una chica despampanante, lástima que ya tenga quien le haga cosquillas. ¡Adiós, doc! —y los Stanley prosiguieron su marcha dando gas continuamente a sus respectivas máquinas.

Al quedarse solo en mitad del sendero, el médico iba a entregarse de nuevo a la tarea de localizar la avería que le estaba retrasando.

Fue entonces cuando de entre la maleza se movió algo. Un destello de sol iluminó por un instante un objeto metálico y reluciente.

Era un hacha.

Con la sensación de no hallarse solo, Driscoll volvió la cabeza y vió aparecer a la persona portadora de la herramienta usual para cortar troncos.

—¡Ah! ¿Eres tú? —sonrió—. Ven a echarme una mano... Me he quedado atascado... El recién llegado permaneció en silencio, sólo avanzó unos pasos mientras el médico añadía.

—Traté de llegar antes, pero esta maldita avería me está retrasando.

Tampoco obtuvo respuesta.

—Lamento que Sheila haya venido acompañada de su novio. Lo intenté todo para que viniera sola, pero no logré conseguirlo. En fin, espero que el resultado pueda ser el mismo.

Ante el insistente silencio del portador del hacha, Driscoll exclamó:

—¡Di algo, por lo menos! Yo hice cuanto pude... Y puedo asegurarte que Sheila sigue sin recordar absolutamente nada. Pero no me fío de Bruce.

Por fin el portador del hacha habló en voz queda, como un susurro, muy propio de quien teme que pueda escucharle alguien más que la persona a la que iban dirigidas sus palabras:

—¿Y qué ocurrirá si ese detective del diablo logra hacerla recordar?

Driscoll guardó silencio.

Debiste impedirlo, doc —siguió el hombre con la misma voz susurrante. Te dije que puse de mí parte todo lo necesario. No es culpa mía que...

Se interrumpió.

Algo estaba sucediendo que heló la sangre del médico y sólo pudo gritar:

—¿Qué intentas...? ¡No!

El otro había levantado el hacha con un vigor inusitado. Sus intenciones no podían estar más claras.

—¡No! —volvió a gritar Driscoll tratando de retroceder con tan mala fortuna que tropezó con una piedra y cayó de espaldas.

El otro seguía con la afilada hacha en el aire. Driscoll lanzó un grito inútil porque allí nadie podía oírle.

El hacha bajó rápidamente y se incrustó en el pecho del doctor. El tajo casi le atravesó el tronco y la sangre manó de su cuerpo como un manantial.

El agresor tiró con fuerza de la mortal herramienta y la levantó de nuevo para descargar un segundo golpe.

Luego vino un tercero.

Un cuarto...

Al fin, cuando hubo terminado su feroz carnicería, sobre el camino quedó sólo un cuerpo descuartizado, con la carne caliente aún desparramada sobre un charco de sangre que iba coagulándose lentamente.

Sin preocuparse de si se manchaba o no, el verdugo cogió cada uno de los pedazos de Driscoll y los depositó dentro de un saco.

Cuando ya únicamente quedaba en el duro suelo la sangre coagulada, el asesino tomó el hacha con una mano y cargó el saco con la otra llevándose a la espalda.

Del doctor Driscoll ya no quedaría jamás el menor rastro excepto la sangre. El criminal se alejó amparado por los setos, perdiéndose en el monte.

Bruce comenzaba a impacientarse por la tardanza del doctor Driscoll. Pensaba mantener una larga conversación con él y aclarar ciertos puntos, pero en aquellos momentos Sheila acaparaba toda su atención.

Ella había querido saber el motivo principal de sus relaciones con Bruce.

—Horst me trajo a casa de unos parientes del juez, que a la vez eran amigos de tu familia. ¿No es así? —había empezado la muchacha.

Bruce asintió. Luego añadió:

—Mira, querida, quiero que quede bien patente que ante todo, lo que más me importa en este mundo eres tú. Te quiero, pero mi interés por ti nació de la casualidad. Un día el Juez del distrito habló con mi padre de lo que había ocurrido aquí unos años antes, yo estaba presente en la conversación. Me había dado por la técnica detectivesca y estaba realizando unos cursillos de capacitación. El misterio que rodeaba esta casa y los hechos que se habían producido eran una buena prueba de toque y le pedí al juez que me dejara meter la nariz. Lo hice, pero no pude averiguar gran cosa.

Pero... ¿qué averiguaste?

Calma, Sheila, deja que prosiga.

Ella dijo que sí con la cabeza y Bruce añadió:

—Cuando regresé sentí unas ganas locas de conocerte... de saber cómo eras, de indagar sobre tu pasado y así fue cómo viéndonos a menudo mi curiosidad por ti se fue convirtiendo primero en amistad, una amistad de esas que acaba por hacerse imprescindible y termina en amor...

—Bruce, yo estoy convencida de que me quieres y por ese mismo amor, te pido que me cuentes cuál es el misterio que envuelve esta casa y lo que sucedió en ella.

—Voy a contártelo Sheila, y espero que ello no te produzca un nuevo shock.

—Sólo la verdad podría librarme de mis pesadillas, de mi inquietud —repuso ella.

Bruce tragó saliva, se humedeció los labios y comenzó la historia.

—Tus dos hermanos, Dick y Betsy, murieron de idéntica forma. Se despeñaron desde lo alto de esas colinas —y señaló simbólicamente la parte norte.

Tras una pausa prosiguió.

—Aparentemente se trató de accidentes similares, pero tú ibas a correr la misma suerte. En un par de ocasiones trataste de llegar hasta la colina... Smalley te salvó la vida.

—¿Smalley? Ese nombre...

—¿Lo recuerdas?

—No estoy muy segura.

—Era un viejo alguacil, pariente lejano del Juez. De él partió la idea de sacarte de la casa.

—Pero, ¿por qué?

—Porque tú... —Bruce hizo una pausa. Llegaba el momento más difícil, pero al fin se decidió—. Porque tú aseguraste que era tu padre quien te llamaba.

—¿Mi padre? Pero había muerto.

—Ahí está el quid del asunto Sheila. Tu padre murió cuando tú tenías tres años. Por lo tanto era totalmente imposible que tres años más tarde hablara contigo y te pidiera que subieras a la colina.

—¡Dios mío! —exclamó Sheila como si un fugaz recuerdo la llevara de nuevo a la época de los hechos.

—¿Recuerdas algo?

—Creo que sí, Bruce... La voz de mi padre. ¡Oh, sí! La misma voz que oigo en sueños y que me llama de lejos... Pero recuerdo más cosas... Recuerdo a mi padre, venía a verme todas las noches... Pero yo tenía más de tres años. Lo sé... era mayor... Sí. Era mayor...

Bruce dejó que ella siguiera recordando por sí misma.

—Pero no consigo saber lo que me decía... ¿La colina?

—Sí. Pretendía llevarte hasta lo alto... Smalley te siguió aquella noche y de no ser por él te hubieras despeñado como tus hermanos.

—Pero si mi padre estaba muerto... —razonó la muchacha.

—Ahí está la cosa, Sheila. No podía ser él quien fuera a verte todas las noches ni quién te llamara.

—¿Quién era entonces?

—Eso es lo que no se pudo averiguar jamás.

Sheila sintió un escalofrío.

Bruce añadió.

—Lo peor ocurrió cuando Smalley, para calmar el pánico que había empezado a cundir en el poblado, mandó abrir la tumba de tu padre.

Ella escuchaba espeluznada el relato.

Bruce le explicó cómo el ataúd de su padre había sido encontrado vacío y aquello aumentó el terror de las gentes del lugar, ya supersticiosas de por sí.

Aquello terminó por poner la piel de gallina a Sheila.

—Todo esto es tan extraño...

—Y aún no se ha aclarado.

—¿Qué conseguiste averiguar cuando viniste a investigar?

—preguntó ella.

—Nada. Más o menos ya has visto cómo son esa gente, fuera de Horst aquí nadie dice nada. Preguntar a la gente es como hablar con las montañas o clamar al cielo. Nadie contesta. Nadie quiere hablar.

—Tal vez tuvieran miedo de una investigación...

—Nadie supo jamás que yo venía a instancias del Juez del distrito, incluso me presenté con nombre falso: John Brown, el mismo con el que me inscribí en el hotel de Warm Springs la pasada noche.

Tras una breve pausa prosiguió:

—Traté de utilizar toda mi sutileza. Me hice pasar por escritor, historiador. Dije a todos que me interesaba por las pequeñas localidades y sus historias. Horst era el único que conocía la verdad. El Juez dijo que de él podía fiarme plenamente y así lo hice, pero nada pude sacar en claro.

Otra pequeña pausa para proseguir.

—Al transcurrir el tiempo y enamorarme de ti aumentó mi interés en aclarar la verdad. Yo sabía ese lapso en blanco de tu existencia infantil. Sabía que vivías traumatizada por ese hecho y sólo pretendía ayudarte, pero no podía hablarte claramente, necesitaba que fueras tú, por ti misma, quien fueras recordando sin esforzarte demasiado. Incluso hablé con un médico especializado en casos parecidos.

—¡Oh, Bruce!

—Sí, Sheila. Y fue el médico quien me aconsejó que no te

forzara en ese sentido. Me aseguré que cuando la mente se cierra debido a un shock producido en edad infantil, a menudo se hace muy difícil volver a recuperar la memoria.

—¿Amnesia?

—Algo parecido. En realidad tiene varios nombres que los médicos describen con su lenguaje peculiar. Un shock producido por determinadas circunstancias puede provocar en ciertos organismos una pérdida de memoria temporal de una duración de veinticuatro a cuarenta y ocho horas, pero también puede ocurrir que el horror vivido, causa de esa amnesia, sea tan fuerte que voluntariamente se cierra, negándose a recordar ese pasado.

—Pero yo deseo recordar, Bruce —adujo Sheila.

—No basta con eso, Sheila. Es una fuerza superior la que se niega a obedecer tus deseos. Es el terror de lo «que viste» lo que cierra la puerta de tu subconsciente, y trata de mantener perennemente en blanco esa parte de tu vida.

—Entonces no estaré del todo curada hasta que no consiga recordar lo que pudo suceder. ¿Lo sabes tú?

—No. Nadie sabe lo que tú pudiste ver la noche en que desaparecieron Smalley y tu tía... Pero no debes preocuparte por tu salud, aparte de ese lapsus estás completamente sana...

—¡Un momento! Hablaste de mí tía...

—Sí. Desapareció el mismo día que Smalley. Sólo se encontró un rastro de sangre entre los riscos.

La visión de otro fugaz recuerdo hizo exclamar a Sheila:

—¡Tía Annie!

—¡Vaya, veo que vas recordando!

—Me quería mucho.

—Supongo que sí. Yo tampoco llegué a conocerla nunca.

—Dios mío, si pudiera recordar eso tan importante...

—Bueno, de eso quería hablarte, Sheila. Y no es fácil... Se trata de algo que también me dijo el médico.

—¿Qué es?

—Verás... cuando se consigue recordar algo que a causa del terror produce esa pérdida de memoria, se corre un serio riesgo... Al recordar nuevamente lo sucedido puede producir un nuevo shock de imprevisibles consecuencias.

—¿Tratas de decirme que... puedo perder la razón?

—¡Oh, no! Hablo de posibles trastornos, por eso siempre te he repetido que es mejor no forzar la mente y dejar que el subconsciente obre por sí solo.

Tras un silencio Sheila se levantó y paseó por la estancia con la mirada perdida. Luego comentó:

—Tuve que ver alguna cosa, algo horrible...

—Sí. Y es posible que alguien no desea por nada del mundo que puedas recordarlo.

—¿Quién?

—Un asesino...

—¿Pero quién?

—No lo sé... Driscoll tenía mucho interés en que vinieras sola. ¿No es cierto?

—Sí...

—Nunca me fié de ese hombre. Estoy seguro de que tramaba algo, por eso me gustaría hablar con él —y Bruce consultó su reloj. El tiempo estaba transcurriendo sin que Driscoll apareciera.

Claro que ellos ignoraban que Driscoll ya no podía hacerles ningún daño.

Sheila volvió a sentarse y preguntó de pronto:

—¿Piensas que si a mí no me hubiesen alejado de aquí también habría muerto?

—Estoy convencido de ello.

—¿Por qué?

—Porque lo ocurrido con tus hermanos sólo puede entenderse como sendos asesinatos, lo mismo que las desapariciones de Smalley y de tu tía Annie.

—¡Asesinatos! ¡Gran Dios! ¿Por qué? ¿Con qué fin?

—Ahí está la gran incógnita.

Una última pregunta asaltó la mente de la joven.

¿Y mi padre? Dices que su cadáver no estaba en el ataúd.

—No.

—¿Y si no hubiese muerto?

—Aquí sí que no hay duda, murió.

—¿Cómo?

—Se despeñó por el vacío —y añadió—, aproximadamente por el mismo lugar que cayeron tus hermanos.

Sheila se estremeció.

CAPÍTULO 5

ERAN ya más de las cuatro de la tarde cuando Sheila se sintió atraída hacia las rampas que subían por entre los riscos.

—¡Cuidado! —advirtió Bruce—. Es un lugar peligroso. Pero siguió adelante como si repentinamente una idea preconcebida le obligara a llegar a lo alto.

Serpentearon por entre las rocas que formaban un auténtico laberinto natural, digno del mejor parque de atracciones, sólo que existía el riesgo de que al menor descuido uno podía despeñarse.

—¿Te recuerda algo ese sendero? —preguntó el joven.

—Como siempre, tengo una sensación confusa.

Por entre los riscos que ofrecían fácil camuflaje, ninguno de los dos advirtió la presencia del hombre que llevaba un sombrero calado hasta los ojos y una afilada hacha que aferraba con ambas manos de modo firme.

El hombre del hacha estaba pendiente de la pareja, especialmente de Sheila, que había tomado la delantera, y se alejaba de Bruce.

—No corras tanto y mira dónde pones los pies.

Ella bromeó.

—Te estás haciendo viejo. Yo soy más ágil.

—¿Más ágil? Ahora verás —y Bruce demostró sus extraordinarias dotes físicas, corriendo cuesta arriba sin hacer el menor esfuerzo, al menos en apariencia.

Ella al verle ya cerca aceleró la marcha.

—¡No, por Dios! No hagas tonterías aquí arriba.

Jadeante y con la falda revoloteando al viento, Sheila estaba ya cerca de la cumbre. La impresionante belleza salvaje era sólo comparable con los abismos que surgían por todas partes. Una caída desde cualquiera de aquellos sitios era irreversiblemente mortal. Ella, tras recuperar el aliento, siguió su desenfundada carrera.

—¡No Sheila! Estás cometiendo una imprudencia —volvió a advertir Bruce a escasa distancia.

El hombre del hacha y del sombrero calado, se pegó tras una roca con la mirada fija en la joven.

En la posición en que estaba podía salir de improviso y darle un leve empujón justo en el momento en que Bruce estuviera en medio del último recodo. El joven no vería nada, sólo oiría el grito de la muchacha al caer.

Pero ella se volvió repentinamente y el hombre del hacha tuvo que retroceder para no ser descubierto.

Bruce dobló el recodo y ascendió la media docena de metros que le separaban de su novia.

Ella pareció seria, circunspecta.

¿Fue aquí, Bruce? —inquirió—. ¿Fue aquí donde se despeñaron mis hermanos?

No lo sé. Pero más o menos ocurrió en uno de esos precipicios.

—Yo también subí por aquí alguna vez.

—¿Sola?

—Una voz me llamaba... Bueno. Eran dos voces. Recuerdo la de tía Annie... Pero mi padre estaba arriba.

—Pero tú no le viste nunca.

—Sí. Creo que sí... Pero no consigo recordar su rostro. Es curioso —y de pronto se le ocurrió algo—. ¿Cómo no lo había pensado antes? En la casa debe de haber alguna fotografía. Voy a ver si las encuentro. ¿Vienes?

—Vendré enseguida —repitió él mirando la profundidad del valle en medio de las escarpadas peñas.

—No nos queda mucho tiempo, ¿verdad? El helicóptero vendrá a buscarnos a las seis.

—Tienes razón y temo que no hemos conseguido gran cosa.

—Podríamos quedarnos esta noche, tal vez consiga recordar más cosas —dijo ella alejándose monte abajo.

—No es mala idea, pero no deja de ser un riesgo. Luego hablaremos de ello.

—Contigo no tengo miedo, Bruce. Sé que no puede ocurrirme nada.

El sonrió viéndola bajar saltando como una niña hacia la casa.

Se quedó pensativo observando todo cuanto le envolvía. Sin embargo no pudo ver al hombre del sombrero calado que hacha en mano, se deslizaba siguiendo a la muchacha que pronto estaría sola

en la casa.

Momentos después Sheila entraba por la puerta principal de la casona para dirigirse al primer piso.

Crujieron las escaleras a pesar del escaso peso de su cuerpo, cuando ella ascendía para dirigirse a la habitación de su padre.

El hombre del hacha bajó el último tramo por la parte trasera que conducía directamente a la puerta posterior de la casona.

Sheila estaba ya en la habitación y abrió el primer cajón de la polvorienta cómoda.

Sólo encontró ropa que había sido blanca y que los años habían vuelto amarillenta. El hombre del hacha había llegado ya a la puerta posterior de la casa, que abrió sigilosamente.

En el segundo cajón de la cómoda encontró algunas camisas y ropa de abrigo cubiertas por el polvo.

El hombre del hacha estaba ya dentro de la casa y avanzaba en la penumbra de la parte central.

Una oxidada escopeta de caza ocupaba el tercer cajón. Posiblemente para hacer funcionar aquella arma se precisaba de una buena reparación.

Tampoco en el cuarto de los cajones encontró nada de lo que buscaba.

Quedaba una pequeña consola y las mesitas de noche.

El hombre del hacha había oído perfectamente las pisadas del piso superior y pudo calcular exactamente la habitación en que se hallaba Sheila, que seguía buscando sin prisas.

Fue en uno de los cajones de la consola que encontró la caja. Era de hojalata. Una de esas cajas de galletas que luego se aprovechan para cualquier cosa.

Allí estaban unos documentos, retratos, papeles amarillentos y una póliza de seguros que Sheila desplegó.

El valor de la póliza ascendía a 25.000 dólares. No era una gran cantidad pero veinte años antes debía ser una suma respetable:

«Tampoco ahora es desdeñable» —pensó Sheila mientras dedicaba su atención a los retratos.

El hombre del hacha había comenzado a subir la escalera peldaño a peldaño.

Por su parte. Bruce, enfrascado en sus pensamientos había comenzado a bajar sin prisas. Sheila se acercó a la ventana con una

de las fotos que había encontrado y la contempló con una sonrisa.

—Es él. Es papá... —dijo en voz alta.

No pudo escuchar el crujir de uno de los escalones. El hombre del hacha sin embargo, temeroso de haber sido oído, se detuvo y escuchó atentamente conteniendo la respiración.

Sheila, con la alegría de haber descubierto algo que le parecía de suma importancia, guardó las cosas en la caja que dejó sobre la cómoda y salió llevándose consigo la fotografía.

El hombre del hacha se apresuró a bajar de nuevo la escalera para buscar un escondrijo... Quería acabar con Sheila. Quería evitar que sus recuerdos se reavivaran y acabara por descubrir «la verdad», pero quería obrar a su modo, cogerla por sorpresa para evitar que la muchacha pudiera gritar y llamar la atención. La mataría en silencio y mientras estuviera sola en la casa la oportunidad era de oro.

Escondido en la sombra del paso que formaba la entrada de la cocina, con la parte de debajo la escalera, contuvo la respiración mientras Sheila bajaba ya hacia la planta inferior.

El asesino esperaba paciente. Si ella pasaba por allí, ¡zas! El primer golpe de hacha la mataría sin darle tiempo a gritar. Luego sólo tendría que sacarla de la casa por la parte trasera y hacer lo que hizo con los demás.

Pero Sheila se dirigió hacia la puerta principal, justo en el momento en que Bruce estaba ya en la explanada.

—¡Bruce! —llamó ella y salió para mostrarle la foto que había encontrado.

Con un rictus de contrariedad, el hombre del hacha se apresuró a salir por la puerta trasera.

—Mira, Bruce. He encontrado la foto... Este es mi padre. Arriba hay otras cosas. Ven, quiero que las veas.

* * *

Bruce examinó el contenido de la caja y detuvo su atención en las dos fotografías. Pertenecían a la misma mujer. Era hermosa. La foto debió ser tomada cuando contaba unos veinticinco años.

Mi madre —dijo ella—. Es curioso. No la recuerdo en absoluto...

Eras demasiado pequeña, según mis informes murió cuando apenas tenías un año.

Las pisadas de alguien que andaba por el corredor llamaron la atención de ambos.

Bruce salió de la habitación y vio avanzar a Horst.

—Perdone, señor... Ha ocurrido algo que tal vez pueda interesarle. Es relacionado con el doctor Driscoll.

—¿Qué hay de nuevo, Horst?

—Los hermanos Stanley le vieron a primera hora de esta mañana cuando se dirigían a Warm Springs... Acaban de regresar. Iban a una fiesta que se ha suspendido.

—¿Y qué?

—Están en la taberna ahora... Si quiere hablar con ellos.

—¿Para qué?

—Según ellos, Driscoll tenía una avería en el motor y le dejaron en el camino arreglándola, pero al regresar el coche seguía allí, pero no había el menor rastro de Driscoll.

—Quizá fue a pedir ayuda.

—¿A dónde, señor? Warm Springs queda muy lejos y por aquí cerca no hay ningún taller.

—¿Qué quieres decir, Horst?

—Yo sólo repito lo que han dicho los Stanley, señor. Añadieron que en el suelo había una gran mancha de sangre coagulada. «¿Sangre coagulada?» —pensó para sí Bruce.

—Gracias por tu información, Horst. A propósito, esta noche Sheila y yo nos quedaremos.

—Me parece muy bien, señor. Me buscaré algún sitio donde dormir.

—No seas ridículo, puedes quedarte aquí.

—No, señor. No quiero molestar —y Horst dio por terminada la conversación.

* * *

A las seis empezaba a declinar el día. Bruce salió para advertir a su amigo del helicóptero de su decisión de quedarse un día más. El piloto ya no podía tardar en llegar.

Sheila se había quedado nuevamente sola en la casa y se metió en la cocina para cocinar el resto de las provisiones que habían quedado del almuerzo.

Pensó que había suficiente para preparar una cena ligera. Lo que no imaginó es que alguien —tal vez más de uno—, había estado esperando la oportunidad de que Sheila se quedara sola en la casa.

Ya con las primeras sombras, el hombre del sombrero y si inseparable hacha merodeaba cerca de la casa por su puerta preferida. La del lado de atrás.

Los juerguistas Stanley habían visto a Bruce alejarse de la casa, y ahora estaban murmurando acerca de la muchacha.

—La tía está como un tren —decía el que parecía ser e mayor.

—No es necesario que lo repitas a cada instante. Tengo ojos en la cara.

—Ahora está solita. No tiene el tipo ese que la vigile constantemente.

¿Y qué pretendes?

¡Pareces tonto, Jimmy! Ella y nosotros somos viejos conocidos ¿no? Hemos nacido en el mismo pueblo, sólo que hace unos cuantos años y ya no somos unos niños... Y ella está como para pasarlo pero que muy bien.

—Hummm... Pero a lo mejor no le caemos en gracia.

—No vamos a preguntar su opinión, ¿verdad, cabeza de serrín?

Y ella continuaba sola preparando las cosas.

El helicóptero, con puntualidad matemática, había tocado tierra en un ángulo de la explanada de la plaza.

Bruce hablaba con el piloto.

Y en la casa...

El hombre del hacha, desde la esquina, podía ver a través de la ventana a Sheila yendo de un lado para otro.

«No tendré mejor oportunidad que esta» —pensó.

Un ruido en la puerta hizo que Sheila ahogara una exclamación.

Los Stanley acababan de hacer acto de presencia en la casa.

—¡Eh, muñeca! —gritó el más atrevido—. Ven a charlar con un par de viejos amigos.

Sheila salió para encontrarse frente aquel par de crecidos gamberros.

—¿Qué queréis vosotros?

—¿Es que ya no te acuerdas de Teddy y Jimmy Stanley...?

—¡Oh! Ni siquiera os recuerdo, disculparme, pero tengo trabajo. El llamado Teddy se aproximó belicoso.

—Vamos, muñeca, nos moveremos un poco ¿eh? Pon un poco de música, Jimmy.

—¿Música? ¿Con qué?

—¡Hazla tú mismo, estúpido! Tararea algo que valga la pena... —y el llamado Teddy pretendió abrazar a Sheila para obligarla a bailar aunque lo que de veras deseaba era estrecharla entre sus brazos—. ¡Eres una preciosidad, chiquilla! ¡Los aires de la ciudad te han probado que da gusto...! ¡Y que piel más suave!

La aparición de aquel par de matones de pueblo retrasó la intervención del hombre del hacha, pero entretanto Sheila suplicaba que la dejaran en paz.

—¡Por favor! No seas bruto, Teddy o cómo te llames... ¡Déjame...!

—Bueno, déjamela un poco a mí —pidió el otro hermano...

—Vamos a quitarle tanta ropa ¿eh? Apuesto a que desnuda está todavía mejor...

—¡No os atreveréis! —gritó ella.

—¿Conque no, eh? —sonrió Teddy y sus manos se posaron sobre los senos de la joven. —Será mejor —añadió el matón —, que no opongas resistencia. De lo contrario sería peor para ti.

Bruce apareció antes de lo esperado y su aparición frenó los ímpetus de los matones, aunque no por ello demostraron temer al recién llegado.

—Bueno, amigo... Sólo pretendíamos divertirnos un poco —sonrió Teddy.

—Si es diversión lo que buscáis os aseguro que no os va a faltar.

La mirada del detective era de las que hablan por sí solas. No cabía la menor duda de que el par de matones habían pinchado en hueso, pero hicieron honor a su fama de camorristas y se prepararon para una pelea en toda regla.

Oh, déjalos —exclamó la joven —, y vosotros dos, marchaos.

No, querida —sonrió Bruce—. Parece que han venido muy calientes. Yo haré que se abrasen.

Teddy quiso ser el primero en sacudir, pero la habilidad de Bruce se puso de manifiesto parando el golpe con el antebrazo para

sacudirle un perfecto gancho de derecha que lo lanzó contra la puerta.

El segundo de los Stanley creyó tener mejor suerte e intentó alcanzar el rostro del detective, pero éste había soltado ya su zurda para alcanzarle de lleno en la boca del estómago.

Medio groggy el primero y encorvado el segundo fueron «reanimados» con sendas caricias por parte de Bruce y sin darse cuenta, se vieron en mitad de la calle llenos de magulladuras y verdaderamente mucho más calientes de lo que entraron.

El hombre del hacha seguía esperando su oportunidad.

CAPÍTULO 6

HABIAN cenado y en uno de aquellos impulsos que ninguno de los dos fue capaz de contener, hicieron el amor sobre el viejo sofá del zaguán.

Eran casi las once de la noche cuando después del último beso, Bruce aconsejó: —Ve a descansar en tu antigua habitación.

—¿Y tú?

—Me tenderé aquí abajo.

—¿No pretenderás quedarte despierto toda la noche?

—Mí querida, Sheila, no sé si he cometido la mayor estupidez de mí vida, pero temo que esta noche puede ser decisiva. Tú sigues viva y a alguien le interesa que sea por poco tiempo... Alguien a quien tú podrías reconocer como a un asesino...

La muchacha se estremeció y no precisamente de placer.

—Eres un magnífico cebo y yo soy el responsable, pero duermes tranquila, si alguien trata de hacerte algún daño me encontrará a mí...

La acompañó hasta el piso superior y la dejó en la puerta de la habitación.

El hombre del hacha se las había arreglado para instalarse en el desván.

En la oscuridad y bajo el negro sombrero que ocultaba su rostro pensaba en su último crimen cometido en la persona del doctor Driscoll.

A propósito del médico recordaba sus contactos con él.

Driscoll le había asegurado siempre:

—Puedes estar tranquilo. Ella sigue ignorando todo lo ocurrido en su niñez.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Estoy en contacto con el médico que cuida de ella. Entre colegas no hay secretos. Si veo que la cosa se pone fea haré todo lo posible para hacerla regresar a Black Land.

—Cuidado, Driscoll, si tratas de engañarme, todo el mundo sabrá que eres menos que un indecente curandero a quien retiraron la licencia por incompetente. Warm Springs fue un excelente refugio para ti. Si te portas bien todos saldremos ganando.

Sí, aquel asesino oculto en la sombra había tenido al médico expulsado —aunque en la localidad lo ignorasen— bajo la amenaza de chantaje. De este modo Driscoll había colaborado con un hombre que llevaba el ansia de matar dentro de sí y que debía terminar su labor si no quería que el día menos pensado, Sheila recordara totalmente lo que «vio» aquella noche en que él asesinó a hachazos a Smalley.

* * *

Sheila había entrado ya en su dormitorio y después de quitar el polvo se arrebujó entre las sábanas de su antigua cama.

Era un lecho de persona mayor, se lo compraron cuando dejó de dormir en la cuna, pero ella bien poco recordaba de todo aquello, si bien en su mente surgían fugaces ideas, recuerdos retrospectivos que en forma de «flash back» le permitían revivir brevísimos instantes de aquella época que su mente se empeñaba en mantener cerrada.

Abajo, sobre el mismo diván en que se habían amado. Bruce, vestido, se había aflojado la corbata y quitado la chaqueta, y ahora se hallaba tendido sin el menor deseo de conciliar el sueño.

Con todas las luces apagadas y el más completo de los silencios, el hombre del hacha creyó llegado el momento de intervenir...

—Si Sheila duerme —se dijo a sí mismo—, morirá sin enterarse. Luego me ocuparé de él... Serán dos muertes misteriosas de las que nadie podrá acusarme.

Esperó todavía unos minutos antes de comenzar a bajar del desván.

Dos pasos lentos pero seguros, fiel conocedor de la casa, el hombre fue descendiendo los escalones que conducían a la planta donde Sheila acababa de adormecerse.

No estaba por completo dormida y entre el revoltijo de ideas que

bullía en su mente recordaba una vez más a su padre. Después de haber visto el retrato, la figura de Jacob se le hacía más natural, e incluso recordaba una vez más su voz cálida y suave, hablándole en un susurro o llamándola desde la próxima colina...

«Pero según todos los indicios, ese hombre no podía ser mi padre —pensaba para sí y se preguntaba—. ¿Quién era? ¿Por qué mató a mis hermanos?

La respuesta la tenía a muy escasos pasos de la puerta de su dormitorio.

Sigiloso como un gato, el asesino avanzaba hacia aquella puerta que poco después abriría en silencio.

Sheila estaba vuelta de espaldas, recostada sobre el lado contrario a la cama, mirando hacia el ventanal abierto.

El natural temor a la muerte no la inquietaba, pensando que alguien —Bruce—, velaba su sueño, aunque no por ello dejó de sentir un escalofrío.

Crujió una tabla del maderamen y cuando ella iba a incorporarse asustada, escuchó el maullido del gato y sus pisadas alejándose hacia la escalera.

El poseedor del hacha estaba materialmente junto a la puerta. Su mano libre avanzaba lentamente hacia el pomo.

Sheila había vuelto a colocarse en la posición anterior y por un instante se sintió pequeña, tanto como cuando tenía seis años.

La voz de la próxima colina resonaba en sus oídos. La voz del hombre al que ella creía su padre.

«¡Ven, Sheila. Ven a mí lado, sube a lo alto, corre, Sheila».

Y entre una nube creía ver al hombre alto, robusto, que permanecía inmóvil entre los riscos.

El criminal giró lentamente el pomo y comenzó a empujar.

«— No vayas, Sheila, no subas a esa maldita colina» La voz de tía Annie que por primera vez se le aparecía con el rostro que hasta entonces tenía olvidado por completo.

Luego había algo más... algo horrible.

Sangre... Una lluvia de sangre, un torrente... Y trozos de masa encefálica surgiendo de una cabeza.

Sus recuerdos se confundían con los de Smalley sujetándola por las piernas mientras su cuerpecito infantil colgaba del vacío.

El terror de esas visiones la invadió al hacerla revivir aquellas

tremendas escenas que por primera vez en muchos años resurgían en su mente.

Y de nuevo la sangre cayendo por entre las rocas y el cuerpo de Smalley descuartizado por el hacha que llevaba el hombre.

¿Su padre?

¡Oh, no! No era su padre el que manejaba el hacha.

EL HACHA.

Metida de lleno en aquellos terribles recuerdos no pudo advertir la presencia física del asesino a escasos pasos de su cama. Mucho menos podía captar los pensamientos del hombre.

«La mataré a ella y luego acabaré con él» —se repetía con machacona insistencia.

Le bastaba avanzar cuatro o cinco pasos para asestarle el primer golpe.

Su cuello —el cuello de Sheila—, sobresalía de entre las sábanas. Un tajo del experto verdugo sería suficiente para separarle la cabeza del tronco sin darle ocasión a que pudiera lanzar el menor grito.

En el cerebro de Sheila se hizo una luz. Esta vez mucho más potente... Era un poderoso reflector que iluminaba con toda claridad la escena que había sido causa de su trauma.

El hombre del hacha. ¡El asesino!

¡Cielos! No era su padre. No... Aquel hombre era...

Se volvió velozmente con una angustiosa sensación recorriéndole todo el cuerpo.

Y entonces, llena de horror, vio al asesino ante sí.

No podía verle su rostro, pero la pálida claridad de la luna que se filtraba a través de los cristales de la ventana desprovistas de visillos era suficiente para ver cómo el hombre tenía el hacha levantada para asestarle el primer y definitivo golpe. El pánico le impidió lanzar el grito que pugnaba por salir de su garganta.

El miedo hizo que sus labios enmudecieran, mientras el asesino bajaba velozmente la mortífera arma.

Dominando el temblor que se había apoderado de su cuerpo, se hizo a un lado esquivando el primer hachazo que dio de lleno en la ropa de la cama, hundiéndose en ella.

Sheila, empujada por el mismo miedo saltó por el lado opuesto, pero no tenía más salida que la ventana que permanecía cerrada.

El asesino tenía prisa en terminar y rodeó la cama para con un

nuevo intento lograr alcanzarla.

Otra vez el miedo la paralizó de tal forma que ahora eran las piernas las que se negaban a obedecerla.

Y el asesino iba a descargar su segundo golpe.

Fue el sentido innato de la conservación el que le permitió moverse, lanzándose esta vez sobre la cama para rodar sobre sí misma y llegar al otro lado.

Sin que el terror que sentía en aquellos instantes la hubiera abandonado, recobró las fuerzas para gritar a pleno pulmón.

—¡Aaaah!

Fue el suyo un grito desgarrador que hizo saltar a Bruce de su improvisado lecho para lanzarse escaleras arriba.

El asesino, para impedir que ella lograra escapar, arrojó el hacha contra la puerta y una vez más la suerte estuvo de parte de Sheila, que cayendo de rodillas vio cómo la bien afilada hoja se hundía en la madera.

En un desesperado intento ella intentó abrir, pero la mole del asesino se le echó encima.

Forcejearon los dos y en la lucha, el negro sombrero de su atacante cayó al suelo. Un rayo de luna iluminó durante unos instantes el rostro del hombre.

¡Jacob!

—¡Papá! —gritó ella.

—¡Sheila! —gritó a su vez Bruce desde el corredor corriendo hacia el dormitorio. La proximidad de Bruce hizo que el asesino desistiera de la lucha y se precipitara hacia la ventana.

Bruce entró como una centella cargando contra la puerta mientras el asesino, sin dudarlo, por la ventana que había conseguido abrir se lanzaba hacia el exterior desde una distancia de unos cuatro metros.

—¡No te muevas, Sheila! —exclamó Bruce, que sin pensárselo dos veces montó sobre el alféizar de la ventana, saltando tras el frustrado asesino, que había enfilado hacia uno de sus lugares favoritos; la senda de los acantilados.

—¡No, Bruce... No le sigas! ¡Ya sé quién es, lo sé! —gritaba la muchacha, pero Bruce ya no podía oírla, seguía en pos del criminal, que continuaba su huida por las rampas que bordeaban los picachos, en dirección a la cumbre.

—¡Bruce! —gritó ella por enésima vez.

El asesino había tomado una ligera ventaja que las piernas de Bruce acortaban en aquel acoso que iba a poner de manifiesto la personalidad del asesino.

Sheila, incapaz de permanecer a la espera bajó rápidamente la escalera y salió al exterior para ascender por aquel camino por el que de niña había sido atraída al socaire de la voz de su padre.

Bruce casi ya en lo alto había perdido el rastro de su perseguido si bien estaba seguro de que no podía andar demasiado lejos.

—¡Vamos! ¡Date a conocer, asesino! —gritó—. ¡Sal y demuestra tus agallas!

Sin el hacha, el criminal sólo podía contar con el factor sorpresa y esperaba agazapado el momento oportuno para salir y de un empujón librarse de Bruce lanzándolo al vacío.

El silencio se rompió por la voz de la muchacha que ascendía jadeante el sendero llamando a Bruce a gritos.

—¡No, Sheila! Vuelve abajo. El asesino está aquí. ¡Vuelve abajo!

Pero ella se preciaba de conocer bien cada palmo de aquel terreno.

En un momento no sólo había visto todo claro sino que además comprendía perfectamente la realidad por tantos años oculta en su subconsciente.

Bruce se movía casi en lo alto. El viento silbaba levemente y resultaba frío. En cualquier época del año, aquellas cumbres eran frías y desapacibles.

El joven detective se movió entre las rocas con el convencimiento total de la proximidad física de su antagonista.

No se equivocaba. El rival estaba al otro lado de la misma roca, preparado para empujar al vacío a Bruce en el momento en que asomara.

Y Bruce, pegado a la roca había doblado ya la primera esquina y seguía andando con la espalda protegida por el risco, atento al menor ruido.

Aunque en sitios donde no podían verse el uno al otro, sólo un par de pasos separaban a Bruce del criminal.

Conteniendo la respiración, el detective taladró el silencio aguzando el oído.

Sheila, aunque había dejado de gritar, subía también por otro de

los senderos.

De pronto observó la silueta del hombre que iba a atacarla, del hombre cuya figura y rostro eran idénticos a los de su padre, Jacob.

En aquel instante. Bruce dobló la esquina de la roca. Era el momento que su enemigo esperaba para lanzarse contra él. El precipicio se hallaba a medio metro escaso.

—¡Cuidado, Bruce! —gritó ella.

El asesino se encontró con un tremendo golpe que le hizo rodar por las rocas del lado opuesto.

Bruce saltó sobre él desafiando el peligro que significaba una lucha en aquellas cumbres donde los abismos asomaban por todas partes.

Los dos hombres se enzarzaron por el suelo hasta que el asesino consiguió ponerse en pie. De una patada pensaba librarse de Bruce, pero el ágil detective, curtido en luchas que había tenido que sostener en su profesión, esquivó a tiempo y agarrando al vuelo al pie de su atacante se lo retorció arrancándole una maldición al tiempo que el antagonista caía dándose de espaldas contra el duro piso de roca.

Pese al golpe, el criminal se incorporó y lanzó un potente directo que Bruce pudo parar a tiempo para lanzarle su gancho favorito.

El terrible mazazo alcanzó de lleno la faz de su contrincante y entonces ocurrió una cosa poco común.

Aquel rostro que por unos instantes Bruce también había identificado con el hombre de la foto —el padre de Sheila —, se tornó, rugoso, como si la potencia del golpe hubiera tenido la virtud de descomponerlo.

El detective comprendió enseguida la realidad de lo sucedido...

Aquella piel rugosa no era la verdadera faz del asesino, sino una máscara perfecta que hasta entonces había llevado perfectamente ajustada.

Una máscara que ocultaba la verdadera identidad tras la cual se ocultaba el criminal.

De un tirón a fin de que no le estorbara para proseguir la pelea, el asesino tiró de aquella segunda piel y mostró su auténtico rostro.

¡Clem!

El «tío Clem».

—¡Sabía que era él! —exclamó Sheila—. Intenté decírtelo,

Bruce. Lo recordé de pronto. El detective la oía, pero no podía volverse porque Clem acosado y descubierto, estaba jugando sus últimas cartas. Allí se dilucidaba el ser o no ser de su futuro. La lucha tenía que ser a muerte.

Sheila podía ser la tabla de salvación, y jadeando por los golpes recibidos en la lucha saltó hacia atrás. Sheila no esperaba el proceder de Clem y sin poderlo evitar se vio sujeta por los poderosos brazos del hombre que en tiempos había sido un asiduo de la familia.

Y ahora Clem —el tío Clem del aserradero —, se protegía tras de Sheila, a la que amenazaba con un cuchillo con el que rozaba su garganta.

—Siga arriba, Bruce, siga hacia atrás si no quiere que degüelle a Sheila como a un carnero.

Bruce vaciló pero Clem hizo más ostensible su amenaza pinchando ligeramente la carne de la muchacha, que vio brotar un hilillo de sangre de su cuello.

—¡No! —exclamó Bruce apartando las manos del cuerpo y retrocediendo lentamente.

—¡No le obedezcas, Bruce! Pretende que te despenes. ¡No le hagas caso!

—Baja la voz, maldita... Si alguien nos oye moriréis los dos —espetó frenético el hombre.

Bruce siguió retrocediendo al tiempo que procuraba poner los pies en lugar firme. Clem a su vez avanzaba obligando a Sheila a seguir adelante siempre bajo la amenaza del afilado cuchillo.

Como cualquier paranoico, Clem se sentía ufano de lo que ya consideraba su victoria final y definitiva y sentía deseos de jactarse del tortuoso plan que había empezado diecisiete años antes.

—Nadie podrá sospechar de mí jamás... El único problema podía creármelo ella —se refería a Sheila—, porque aquella noche, cuando terminé con el imbécil de Smalley, no llevaba puesta la máscara. Estaba furioso. Smalley había estado a punto de descubrirme. Quizá sospechaba ya y tuve que acabar con él... La pequeña me vio. Sé que me vio y que huyó horrorizada, pero ese mismo miedo me ha servido para vivir al amparo de toda sospecha durante tantos años.

Bruce, en su continuo recular obligado por la amenaza de que

Clem hacía objeto a Sheila, se estaba aproximando a la cima. Lo presentía y trató de ganar tiempo para buscar la oportunidad más mínima de tomar de nuevo y para siempre la iniciativa final.

—¿Pero qué demonios perseguía matando a esas infelices criaturas, Clem? ¿Qué daño le habían hecho?

—Eran las hijas de Jacob... Yo siempre odié a Jacob.

—¿Por qué odiabas a mí padre, Clem? —inquirió ella.

—Yo hubiera querido casarme con tu madre. En más de una ocasión le había insinuado mis sentimientos y a ella no parecía disgustarle demasiado. Yo sé que aquel matrimonio se hubiese celebrado y ahora, Sheila, yo sería tu padre, y tu madre aún viviría...

—¿Cómo explica esto, Clem? —Bruce encontró un filón para ganar minutos.

Sabía que se hallaba ante un paranoico sicópata que sentía un verdadero placer en hablar de sus propias hazañas y siguió pinchándole para que Clem pudiera jactarse de todo lo malo que hizo.

Con los triunfos a su favor, Clem no tuvo inconveniente en satisfacer la curiosidad de sus dos condenados:

—Fue una venganza... Lorna se ausentó durante una temporada del pueblo y cuando regresó vino con ese hombre.

—¿Se refiere al padre de Sheila? —inquirió Bruce, tratando de alargar al máximo la conversación.

—Sí, claro. Se habían casado y desde entonces aumentó mi odio hacia ese canalla que me la había robado.

—Mi padre no te robó nada.

—¡Calla, Sheila! Yo sé lo que me digo.

—Siga, Clem —pidió Bruce.

—Nadie sabe la verdad, yo sí. Yo espiaba la casa por dentro y por fuera... Era amigo de la familia. La pobre Lorna tuvo ocasión de comprobar lo caro que había pagado su error al casarse con Jacob... Era un hombre que le hacía la vida imposible.

—No puedo creerlo. Mi padre era un hombre bondadoso.

—Era un cerdo asqueroso. ¡El fue el causante de la muerte de Lorna!

—¡No es cierto! —protestó ella.

—¡Calla! ¿Qué puedes saber tú?

—Papá nos traía juguetes cada vez que volvía de la ciudad.

—Sí. Ese era su sistema. A los ojos de todos quería pasar como un marido modelo. Sólo tu pobre madre supo lo que era el calvario de tener que soportarle. ¡Y él la mató! La voz de Clem sonaba dura, crispada, llena de un odio insaciable.

—¿Cómo la mató?

—Se puede matar de muchas maneras... Todo el mundo sabe que Lorna contrajo una enfermedad que precisaba de mucho reposo, pero él la hacía trabajar sin piedad y Lorna empeoraba día a día. Ese imbécil de Driscoll que no llegaba ni a curandero aconsejó que la llevaran a un especialista, pero Jacob se hizo el sordo y así lentamente la vida de Lorna fue extinguiéndose hasta que llegó el fatal desenlace.

—¿Y a Jacob? ¿Le mató usted también? —inquirió Bruce prolongando así el tiempo. —Por supuesto... Lo que había hecho tenía que pagarlo y ahí empezó mi venganza. Yo le despené desde estos mismos riscos. ¡Siga andando, Bruce!

Los tacones de los zapatos del pesquisa estaban al borde mismo del precipicio.

—¡Cuidado, Bruce! —advirtió ella.

—¡Clem! ¿Y los niños? —Bruce estaba jugando su última carta —. ¿Por qué asesinar a unos pobres inocentes?

—Porque eran hijos suyos y tenían que morir. De la familia Dawson no tenía que quedar el menor rastro.

—¿Por casualidad no influyó usted en cierta póliza de seguro que suscribió la señora Dawson?

Clem no pudo por menos que sonreír ante la sagacidad de Bruce.

—Es listo ¿eh? ¡Psé...! Yo conocía la existencia de esa póliza. Lorna me dijo que si a ella le ocurría algo, los veinticinco mil dólares pasarían a su hermana Annie para que pudiera atender a sus hijos... Eso le demuestra lo poco que se fiaba de su marido...

—Pero usted, Clem, había hecho sus planes con ese dinero, ¿no es así? —Bruce estaba lanzando tiros al azar, intentando sacar verdades a base de lanzar palabras y alargar así el tiempo esperando la menor oportunidad o vacilación por parte de su enemigo para cambiar las tornas.

—Tiene razón, Bruce... Una vez muertos los tres pequeños, la única beneficiaría de la póliza sería Annie Craig... Annie era un

poco mayor que yo y metida en carnes. A ella le hubiera gustado casarse, pero ¿quién desea matrimoniar con una mujer así? Pero a mí en cierto modo me recordaba a Lorna y llegué a proponerle unir nuestras vidas, y quizá lo hubiese hecho al terminar mi labor.

—¿Llama labor asesinar a unas infelices criaturas? —preguntó Bruce.

—Era necesario, Bruce, ya se lo dije. De los Dawson ni rastro.

—Y así mataba usted dos pájaros de un tiro, ¿verdad?

—Veinticinco mil dólares no es dinero desdeñable. Por supuesto, mucho más de lo que me proporciona el aserradero y hubiera podido viajar y ver cosas y comprarme ropa elegante y cenar en esos sitios de lujo que uno ve en las películas.

«¡Pobre loco!» —pensó Bruce pero procuró seguir dándole cuerda.

—Sin embargo, le salió mal, por lo menos lo del dinero.

—Sí, de acuerdo, pero la venganza habrá sido completa.

—Así que tú también mataste a tía Annie —adujo ahora Sheila, que seguía bajo la presión del cuchillo rozándole la piel de su garganta.

—Tuve que hacerlo. Ella también presencié cómo mataba a Smalley.

—Un crimen para ocultar otro —terció Bruce.

—No tenía otra opción.

—¿V a Driscoll? Porque le mató usted, ¿verdad? Encontraron sólo su automóvil y un rastro de sangre.

—Driscoll era un pobre imbécil. Le dije que trajera a Sheila sola y usted vino con ella.

—Driscoll lo intentó todo —explicó Bruce.

—No basta intentarlo. Ya me había fiado bastante de él.

—Si tanto quería terminar con Sheila, ¿por qué no iba a Los Angeles y cometía su crimen allí?

—Es lo que primero pensé, pero Driscoll me aseguró que Sheila seguía sin recordar nada. V a él le convenía no mentirme. Sabía demasiadas cosas de su vida. Entre nosotros existía el pacto del silencio...

—Pero con el tiempo... —insinuó Bruce.

—Quise intentarlo una vez, pero Sheila había cambiado de dirección y Driscoll se negó a darme sus nuevas señas. No quería

verse mezclado en un crimen. Luego surgió usted y desde un principio luchó para que ella recordara su pasado y entonces fue cuando exigí a Driscoll que con la excusa que fuera me trajera a la muchacha. Ahora ya lo saben todo... Me he salido con la mía. Nadie más que yo sabrá la verdad. Y la gente de aquí seguirá con sus supersticiones, dirán que el pueblo está embrujado, pero a mí eso me trae sin cuidado.

—Un momento — Bruce buscaba la última oportunidad.

—¿Qué quiere ahora Bruce? Ya lo sabe todo.

—¿Quién quitó del ataúd el cuerpo de Jacob?

—¿Quién iba a ser? ¡Yo, naturalmente! —se jactó el asesino.

—¿Y qué hizo con los cadáveres de Smalley y de Annie y ahora el del doctor Driscoll? —Enterrar sus restos en un hoyo lleno de cal viva. ¿Sabe lo que ocurre si a un cuerpo se le entierra en cal viva?

La respuesta era obvia y Bruce guardó silencio.

Se había agotado el tiempo y las posibilidades.

Sin embargo, aún a costa de la ventaja absoluta que Clem tenía sobre la pareja, Bruce estaba dispuesto a jugárselo todo a una sola carta.

Calculó la distancia que le separaba de Clem que seguía escudándose en Sheila.

Un par de metros.

Tomando un rápido impulso le sorprendería y caerían los tres rodando por la pendiente. Tenía que procurar desviar el cuchillo que empuñaba el asesino, sólo así conseguiría no dañar a Sheila.

Había estado pensando todo esto en los últimos momentos de la conversación, ahora llegaba el momento de ponerlo en práctica o resignarse a morir.

—¡Atrás! —exigió el asesino.

Bruce sabía que sólo moviendo unos centímetros el pie caería sin remisión al abismo.

Luego ella —Sheila— seguiría igualmente el mismo camino.

—¡Vamos, atrás! O no le ahorraré el espectáculo de ver cómo degüello a su novia. —¿Sabe lo que le digo, Clem? Está usted loco, y ha tenido suerte de que esto sea el fin del mundo. En Los Angeles la policía habría terminado capturándole, pero no cante victoria, algún día alguien sospechará y tendrá que seguir matando hasta que la policía de Warm Springs y de los alrededores descubran la

verdad.

—Eso no sucederá jamás. ¡Y basta de charla! Dé un paso atrás o...

La amenaza era bien significativa.

Entonces era el momento elegido por Bruce para dar el salto.

Justo *en* aquel instante sonó la chillona voz de Little Banion.

El enano gritó:

—¡Están ahí, Horst!

Clem vio peligrar su victoria. Se dio cuenta de que había perdido un tiempo irrecuperable al hablar y jactarse de sus proezas. Vaciló para mirar hacia atrás.

Aquella fracción de segundo fue suficiente para aumentar la ventaja del detective, que sin dudarlo se lanzó sobre el asesino, con la mano preparada para apartar la navaja del cuello de la muchacha.

—¡Al suelo, Sheila! —gritó.

Clem se revolvió frenético cuando el detective se lanzaba de cabeza contra él.

Cayó Sheila, que había salido indemne, y rodó el asesino por el suelo.

La voz de Horst sonó desde abajo.

—Venimos en su ayuda, señor Bruce.

Clem se sintió acorralado, pero antes de entregarse se incorporó y a trancas y barrancas consiguió escapar hacia uno de los pasos entre los escarpados riscos.

—¡Ríndase, Clem! —gritó Bruce—, Está usted loco, porque sólo un loco puede cometer las monstruosidades que usted ha cometido. Le encerrarán en un sanatorio. Deténgase. Pero Clem, en su frenética huida olvidó los peligros de aquellos riscos que tan bien conocía. Cuando quiso frenar su loca carrera era demasiado tarde.

Sus pies pisaron en falso y cayó al vacío, lanzando un grito de muerte que se hundió en las profundidades.

Aquella «A» prolongada como última exclamación de su vida fue perdiéndose en la distancia hasta cesar bruscamente cuando su cuerpo chocó al final de la caída.

Sheila, temblando aún de terror, se abrazó a Bruce, mientras Horst y el enano miraban al vacío consternados.

—¿Conque... era él? —dijo Horst y más que una pregunta era

una autoafirmación.

—Ahora todo el pueblo dejará de creer en brujas —adujo Little Banion. Bruce y Sheila se alejaron entrelazados.

* * *

El helicóptero los llevaba de nuevo a la civilización.

Bruce comentó.

—Cuando tenga que declarar ante la policía de la capital procuraré que te molesten lo menos posible. Hablaré con el Juez del distrito para que arregle las cosas.

—No importa, Bruce. La pesadilla ha cesado. Y no hay años en blanco en mi vida.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, querido. Me encuentro muy bien. Ha sido horrible, pero era necesario.

—Yo haré que olvides eso, cariño. Te lo prometo.

Y entre ambos estaba a punto de empezar otra historia, donde ni el suspense ni el horror tendrían cabida.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

LA REENCARNACION.
LUTERO.

LA NIGROMANCIA.
DRACULA.

BRUJOS E ILUMINADOS.
EN TRANCE.

LAS HUELLAS DE
LA MALDICION.

HISTORIA DE LA C.I.A.

LA PENA DE MUERTE.
VAMPIRISMO.

FUEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.

LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.

EL JUICIO FINAL.
VUDU. SANTERIA.

MACUMBA.

VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.

HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.

EL HORROR NAZI.

LA HONORABLE TRATA.
LOS TEMPLARIOS.

EL AÑO 2001.

Pídalos en su kiosko habitual



Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.